

“Ecce Homo”

Prólogo

Por qué soy tan sabio

Por qué soy tan inteligente

Por qué escribo tan buenos libros

Por qué soy un destino

Prólogo

uno

Como preveo que dentro de poco tendré que dirigirme a la humanidad presentándole la más grave exigencia que jamás se la ha hecho, me parece indispensable decir *quién soy yo*. En el fondo sería lícito saberlo ya: pues no he dejado de “dar testimonio” de mí. Mas la desproporción entre la grandeza de ni tarea y la pequeñez de mis contemporáneos se ha puesto de manifiesto en el hecho de que ni me han oído ni tampoco me han visto siquiera. Yo vivo de mi propio crédito; ¿acaso es un mero prejuicio que yo vivo?... Me basta hablar con cualquier “persona culta” de las que en verano viene a la Alta Engandina para convencerme de que yo *no* vivo... En estas circunstancias existe un deber contra el cual se rebelan en el fondo mis hábitos y más aún el orgullo de mis instintos, a saber, el deber de decir: *¡Escuchadme!, pues yo soy tal y tal. ¡Sobre todo no me confundáis con los otros!*

dos

Por ejemplo, yo no soy en modo alguno un espantajo, un monstruo de moral, - soy incluso una naturaleza antitética de esa especie de hombre venerada hasta ahora como virtuosa. Dicho entre nosotros, paréceme que justo esto forma parte de mi orgullo. Yo soy un discípulo del filósofo Dionisio, preferiría ser un sátiro antes que un santo. Pero léase este escrito. Tal vez haya conseguido expresar esa antítesis de un modo jovial y afable, tal vez no tenga este escrito otro sentido que ése. La última cosa que yo pretendería sería “mejorar” a la humanidad. Yo no establezco nuevos ídolos; los antiguos van a aprender lo que significa tener pies de barro. **Derribar ídolos** (tal es mi palabra para decir “ideales”) - eso si forma parte de mi oficio. A la realidad se le ha despojado de su valor, de su sentido, de su veracidad en la medida en que se ha **fingido mentirosamente** un mundo ideal.. el “mundo verdadero” y el “mundo aparente” - dicho con claridad el mundo fingido y la realidad... Hasta ahora la **mentira** del ideal ha constituido la maldición contra la realidad, la humanidad misma ha sido engañada y falseada por tal mentira hasta en sus instintos más básicos - hasta llegar a adorar los valores inversos de aquellos solos que habrían garantizado el florecimiento, el futuro, el elevado **derecho** al futuro.

tres

- Quien sabe respirar el aire de mis escritos sabe que es un aire de altura, un aire **fuerte**. Es preciso estar hecho para ese aire, de lo contrario se corre el peligro no pequeño de resfriarse en él. El hielo está cerca, la soledad es inmensa - ¡más que tranquilas yacen todas las cosas en la luz! ¡con qué libertad se respira!, ¡cuántas cosas sentimos por **debajo** de nosotros! - La filosofía, tal como yo la he entendido y vivido hasta ahora, es vida voluntaria en el hielo y en las altas montañas - búsqueda de todo lo problemático y extraño en el existir, de todo lo proscrito hasta ahora por la moral. Una prolongada experiencia, proporcionada por ese caminar **en lo prohibido**, me ha enseñado a contemplar las causas a partir de las cuales se ha moralizado e idealizado hasta ahora, de un modo muy distinto a como tal vez se desea: se me han puesto al descubierto la historia **oculta** de los filósofos, la psicología de sus grandes nombres. - ¿Cuánta verdad **soporta**, cuánta verdad **osa** un espíritu?, esto se fue convirtiendo cada vez más, para mí, en la auténtica unidad de medida. El error (-el creer en el ideal-) no es ceguera, el error es **cobardía**... Toda conquista, todo paso adelante en el conocimiento es

consecuencia del valor, de la dureza consigo mismo, de la limpieza consigo mismo... yo no refuto los ideales, ante ellos, simplemente, me pongo los guantes... *Nitimur in vetitum*: bajo este signo vencerá un día mi filosofía, pues hasta ahora lo único que se ha prohibido siempre, por principio, ha sido la verdad.-

cuatro

- Entre mis escritos ocupa mi *Zaratustra* un lugar aparte. Con él he hecho a la humanidad el regalo más grande, que hasta ahora ésta ha recibido. Este libro, dotado de una voz que atraviesa milenios, no es sólo el libro más elevado que existe, el auténtico libro del aire de alturas -todo el hecho “hombre” yace a enorme distancia por debajo de él-, es también el libro más profundo, nacido de la riqueza más íntima de la verdad, un pozo inagotable al que ningún cubo desciende sin subir lleno de oro y de bondad. No habla en él un “profeta”, uno de esos espantosos híbridos de enfermedad y de voluntad de poder denominados fundadores de religiones. Es preciso ante todo *oír* bien el sonido que sale de esa boca, ese sonido alciónico, para no ser lastimosamente injustos, con el sentido de su sabiduría. “Las palabras más silenciosas son las que traen la tempestad. Pensamientos que caminan con pies de paloma dirigen el mundo-”

Los higos caen de los árboles, son buenos y dulces: y, conforme caen, su roja piel se abre. Un viento del norte soy yo para higos maduros.

Así, cual higo, caen esta enseñanzas hasta vosotros, amigos míos: ¡bebed su jugo y su dulce carne! Nos rodea el otoño, y el cielo puro y la tarde.-

No habla aquí un fanático, aquí no se “predica”, aquí no se exige *fe*: desde una infinita plenitud de luz y una infinita profundidad de dicha va cayendo gota tras gota, palabra tras palabra, - una delicada lentitud es el *tempo* propio de esto discursos. Algo así llega tan sólo a los elegidos entre todos; constituye un privilegio sin igual el ser oyente aquí; nadie es dueño de tener oídos para escuchar a Zaratustra... ¿No es Zaratustra con todo esto, un *seductor*?... ¿Qué es, sin embargo lo que él mismo dice cuando por vez primera retorna a su soledad? Exactamente lo contrario de lo que en tal caso diría cualquier “sabio”, “santo”, “redentor del mundo” y otros *décadents*... No sólo habla de manera distinta, sino que también *es* distinto...

¡Ahora yo me voy solo, discípulos míos! ¡También vosotros os vais ahora solos! Así lo quiero yo.

En verdad, éste es mi consejo: ¡Alejaos de mí y guardaos de Zaratustra! Y aún

mejor: ¡avergonzaos de él! Tal vez os ha engañado.
El hombre del conocimiento no sólo debe saber amar a sus enemigos, tiene también que saber odiar a sus amigos.
Se recompensa mal a un maestro si se permanece siempre discípulo. ¿Y por qué no vais a deshojar vosotros mi corona?
Vosotros me veneráis: pero ¿qué ocurriría si un día vuestra veneración se derrumba?
¡Cuidad de que no os aplaste una estatua!
¿Decís que no creéis en Zarathustra? ¡Más que importa Zarathustra! Vosotros sois mis creyentes, mas ¡qué importan todos los creyentes!
No os habéis buscado aún a vosotros: entonces me encontrasteis. Así hacen todos los creyentes: por eso vale tan poco toda fe.
Ahora os ordeno que perdáis y que os encontréis a vosotros; y sólo cuando todos hayáis renegado de mí, volveré entre vosotros..."

Friedrich Nietzsche

En este día perfecto en que todo madura y no sólo la uva toma un color oscuro, acaba de posarse sobre mi vida un rayo de sol: he mirado hacia atrás, he mirado hacia delante, y nunca he visto de una sola vez tantas y tan buenas cosas. No en vano he sepultado hoy mi año cuarenta y cuatro, me era *lícito* sepultarlo, - lo que en él era vida está salvado, es inmortal. La *Transvaloración de todos los valores*, los *Ditirampos de Dioniso* y como recreación el *Crepúsculo de los ídolos*- ¡todos regalos de este año, incluso de su último trimestre! *¿Cómo no había de estar agradecido a mi vida entera?* Y así meuento mi vida a mí mismo.

Friedrich Nietzsche

Por qué soy tan sabio

-1-

La felicidad de mi existencia, tal vez su carácter único, se debe a su fatalidad: yo, para expresarme en forma enigmática, como mi padre ya he muerto, y como mi madre todavía vivo y voy haciéndome viejo. Esta doble

procedencia, por así decirlo, del vástago más alto y del más bajo en la escala de la vida, este ser *décadent* y a la vez *comienzo* - esto, si algo, es lo que explica aquella neutralidad, aquella ausencia de partidismo en relación con el problema global de la vida, que acaso sea lo que me distingue. Para captar los signos de elevación y de decadencia poseo un olfato más fino que el que hombre alguno haya tenido jamás, en este asunto yo soy el maestro *par excellence*, - conozco ambas cosas, soy ambas cosas. - Mí padre murió a los treinta y seis años: era delicado, amable y enfermizo, como un ser destinado tan sólo a pasar de largo, - más una bondadosa evocación de la vida que la vida misma. En el mismo año en que su vida se hundió, se hundió también la mía: en el año treinta y seis de mi existencia llegué al punto más bajo de mi vitalidad, - aún vivía, pero no veía tres pasos delante de mí. Entonces -era el año 1879- renuncié a mí cátedra de Basilea, sobreviví durante el verano cual una sombra en St. Moritz, y el invierno siguiente, el invierno más pobre de sol de toda mi vida, lo pasé, *siendo* una sombra, en Naumburgo. Aquello fue mi *minimum*: *El viajero y su sombra* nació entonces. Indudablemente, yo entendía entonces de sombras... Al invierno siguiente, mi primer invierno genovés, aquella dulcificación y aquella espiritualización que están casi condicionadas por una extrema pobreza de sangre y de músculos produjeron *Aurora*. La perfecta luminosidad y la jovialidad, incluso exuberancia de espíritu, que la citada obra refleja, se compaginan en mí no sólo con la más honda debilidad fisiológica, sino incluso con un exceso de sentimiento de dolor. En medio de los suplicios que trae consigo un dolor cerebral ininterrumpido durante tres días, acompañado de un penoso vómito mucoso, - poseía yo una claridad dialéctica *par excellence* y meditaba con gran sangre fría sobre cosas a propósito de las cuales no soy, en mejores condiciones de salud, bastante escalador, bastante refinado, bastante *friό*. Mis lectores tal vez sepan hasta qué punto considero yo la dialéctica como síntoma de *décadence*, por ejemplo en el caso más famoso de todos: en el caso de Sócrates. - Todas las molestias producidas al intelecto por la enfermedad, incluso aquel semiaturdimiento que la fiebre trae consigo, han sido hasta hoy cosas completamente extrañas a mí, he tenido que informarme por los libros acerca de su naturaleza y frecuencia. Mi sangre circula lentamente. Nadie ha podido comprobar nunca fiebre en mí. Un médico que me trató largo tiempo como enfermo de los nervios, acabó por decirme: «¡No! A los nervios de usted no les pasa nada, yo soy el único que está enfermo». Imposible demostrar ninguna degeneración local en mí; ninguna dolencia estomacal de origen orgánico, aun cuando siempre padezco, como consecuencia del agotamiento general, la más profunda

debilidad del sistema gástrico. También la dolencia de la vista, que a veces se aproxima peligrosamente a la ceguera, es tan sólo una consecuencia, no una causa: de tal manera que con todo incremento de fuerza vital se ha incrementado también la fuerza visual. - Recobrar la salud significa en mí una serie larga, demasiado larga de años, - también significa a la vez, por desgracia, recaída, hundimiento, periodicidad de una especie de *décadence*. Después de todo esto, ¿necesito decir que yo soy *experto* en cuestiones de *décadence*? La he deletreado hacia delante y hacia atrás. Incluso aquel arte afiligranado del captar y comprender en general, aquel tacto para percibir *nuances*, aquella psicología del «mirar por detrás de la esquina» y todas las demás cosas que me son propias no las aprendí hasta entonces, son el auténtico regalo de aquella época, en la cual todo se refinó dentro de mí, la observación misma y todos los órganos de ella. Desde la óptica del enfermo, elevar la vista hacia conceptos y valores *más sanos*, y luego, a la inversa, desde la plenitud y autoseguridad de la vida *rica*, bajar los ojos hasta el secreto trabajo del instinto de *décadence* - éste fue mi más largo ejercicio, mi auténtica experiencia, si en algo, fue en esto en lo que yo llegué a ser maestro. Ahora lo tengo en la mano, poseo mano para *dar la vuelta a las perspectivas*: primera razón por la cual acaso únicamente a mí le sea posible una «transvaloración de los valores». -

-2-

Descontado, pues, que soy un *décadent*, soy también su antítesis. Mi prueba de ello es, entre otras, que siempre he elegido instintivamente los remedios justos contra los estados malos; en cambio, *el décadent* en sí elige siempre los medios que le perjudican. Como *summa summarum* yo estaba sano; como ángulo, corno especialidad, yo era *décadent*. Aquella energía para aislarme y evadirme absolutamente de las condiciones habituales, el haberme forzado a mí mismo a no dejarme cuidar servir, *tratar por médicos* - esto revela la incondicional certeza instintiva sobre *lo que* yo necesitaba entonces ante todo. Me puse a mí mismo en mis manos, me sané yo a mí mismo: la condición de ello -cualquier fisiólogo lo concederá- es *estar sano en el fondo*. Un ser típicamente enfermizo no puede sanar, menos aún sanarse él a sí mismo; para un ser típicamente sano, en cambio, el estar enfermo puede constituir incluso un *enérgico estimulante* para vivir, para más-vivir. Así es como de hecho se me presenta *ahora* aquel largo período de enfermedad: por así decirlo, descubrí de nuevo la vida, y a mí mismo incluido, saboreé todas las cosas buenas e incluso las cosas pequeñas como no es fácil que otros puedan

saborearlas, - convertí mi voluntad de salud, de *vida*, en mi filosofía... Pues preéstese atención a esto: los años de mi vitalidad más baja fueron los años en que *dejé de ser* pesimista: el instinto de autorestablecimiento me *prohibió* una filosofía de la pobreza y del desaliento... ¿Y en qué se reconoce en el fondo *la buena constitución*? En que un hombre bien constituido beneficia a nuestros sentidos, en que está tallado de una madera que es, a la vez, dura, suave y olorosa. A él le gusta sólo lo que le es saludable; su agrado, su placer cesan cuando se ha rebasado la medida de lo saludable. Adivina remedios curativos contra los daños, saca ventaja de sus contrariedades; lo que no le mata le hace más fuerte. Instintivamente forma *su* síntesis con todo lo que ve, oye, vive: es un principio de selección, deja caer al suelo muchas cosas. Se encuentra siempre en *su* compañía, se relacione con libros, con hombres o con paisajes, él honra al *elegir*, al *admitir*, al *confiar*. Reacciona con lentitud a toda especie de estímulos, con aquella lentitud que una larga cautela y un orgullo querido le han inculcado, examina el estímulo que se acerca, está lejos de salir a su encuentro. No cree ni en la «desgracia» ni en la «culpa», liquida los asuntos pendientes consigo mismo, con los demás, sabe *olvidar*, - es bastante fuerte para que todo *tenga que* ocurrir de la mejor manera para él. -Y bien, yo soy todo lo *contrario* de un *décadent*, pues acabo de describirme *a mí mismo*.

-3-

Considero un gran privilegio haber tenido el padre que tuve: los campesinos a quienes predicaba -pues os últimos años fue predicador, tras haber vivido algunos años en la corte de Altenburgo- decían que un ángel habría de tener sin duda un aspecto similar. - Y con esto toco el problema de la raza. Yo soy un aristócrata polaco *pur sang*, 91 que ni una sola gota de sangre mala se le ha mezclado, y, menos que ninguna, sangre alemana. Cuando busco la Antítesis más profunda de mi mismo. la incalculable vulgaridad de los instintos, encuentro siempre a mi madre y a mi hermana, - creer que yo estoy emparentado con tal *canaille* sería una blasfemia contra mi divinidad. El trato que me dan mi madre y mi hermana, hasta este momento, me inspira un horror indecible: aquí trabaja una perfecta máquina infernal, que conoce con seguridad infalible el instante en que se me puede herir cruentamente - en mis instantes supremos,... pues entonces falta toda fuerza para defenderse contra gusanos venenosos... La contigüidad fisiológica hace posible tal *disharmonia praestabilita*... Confieso que la objeción más honda contra el «eterno retorno», que es mi

pensamiento auténticamente ***abismal***, son siempre mi madre y mi hermana.

- Mas también en cuanto Polaco soy yo un atavismo inmenso. Siglos habría que retroceder para encontrar a esta raza, la más noble que ha existido en la tierra, con la misma pureza de instintos con que yo la represento. Frente a todo lo que hoy se llama ***noblesse*** abrigo yo un soberano sentimiento de distinción, - al joven ***Kaiser*** alemán no le concedería el honor de ser mi cochero. Existe un solo caso en que reconozco mi igual - lo confieso con profunda Gratitud. La señora Cósima Wagner es con mucho la naturaleza más noble; y, para no decir no decir una palabra de menos, afirmo que Richard Wagner

ha sido, con mucho, el hombre más afín a mí... Lo demás es silencio... Todos los conceptos dominantes acerca de grados de parentesco son un insuperable contrasentido fisiológico. El Papa hace negocio todavía hoy con ese contrasentido. Con quien ***menos*** se está emparentado es con los propios padres: estar emparentado con ellos constituiría el signo extremo de vulgaridad. Las naturalezas superiores tienen su origen en algo infinitamente anterior y para llegar a ellas ha sido necesario estar reuniendo, ahorrando, acumulando durante larguísimo tiempo. Los ***grandes*** individuos son los más antiguos: yo no lo entiendo, pero Julio César podría ser mi padre - o Alejandro, ese Dioniso de carne y hueso... En el instante en que escribo esto, el correo me trae una cabeza de Dioniso...

-4-

No he entendido jamás el arte de predisponer a los demás en contra mía -también esto lo debo a mi incomparable padre- ni aun en los casos en que ello me parecía de gran valor. Ni siquiera en contra mía he estado yo nunca predispuesto, aunque ello pueda parecer muy poco cristiano. Se puede dar la vuelta a mi vida por un lado y por otro, en ella no se encontrará, descontado aquel único caso, huellas de que alguien haya abrigado una voluntad malvada contra mí, - pero sí, tal vez, demasiadas huellas de ***buena*** voluntad... Mis experiencias, incluso con personas con quienes todo el mundo tiene malas experiencias, hablan siempre sin excepción en favor de ellas; yo doméstico a todos los osos, yo vuelvo educados incluso a los bufones. Durante los siete años que enseñé griego en la clase superior del Pädagogium de Basilea no tuve ningún pretexto para imponer castigo alguno; los más holgazanes se volvían laboriosos conmigo. Siempre estoy a la altura del azar; para ser dueño de mí tengo que estar desprevenido. Sea cual sea el instrumento, y aunque esté tan desafinado como sólo el instrumento «hombre» puede llegar a estarlo -

enfermo tendría yo que encontrarme para no conseguir arrancar de él algo digno de ser escuchado. Y cuántas veces he oído decir a los mismos «instrumentos» que nunca antes se habían escuchado ellos a sí *de ese modo*... Quizá a quien más bellamente se lo haya oido decir fue a Heinrich von Stein, muerto imperdonablemente joven, quien en una ocasión, tras haber solicitado y obtenido cuidadosamente permiso, apareció por tres días en Sils-Maria declarando a todo el mundo que *él no* venía a causa de la Engadina. Esta excelente persona, que se había zambullido en la ciénaga de Wagner (- ¡y además también en la de Dühring!) con toda la impetuosa simplicidad de un *Junker* prusiano, quedó como transformado, durante aquellos tres días, por un vendaval de libertad, semejante a alguien que de repente es elevado hasta *su* altura y a quien le brotan alas. Yo no dejaba de decirle que esto se debía al buen aire de aquí arriba, y que le pasaba a todo el mundo, pues no en vano se está a seis mil pies por encima de Bayreuth - pero no quería creérmelo... Si, a pesar de todo, se han cometido conmigo algunas infamias pequeñas y grandes, el motivo de cometerlas no fue «la voluntad», y mucho menos la voluntad *malvada*: yo tendría que quejarme más bien -acabo de insinuarlo- de la buena voluntad, la cual ha producido en mi vida trastornos nada pequeños. Mis experiencias me dan derecho a desconfiar en general de los llamados impulsos «desinteresados», de todo el «amor al prójimo», siempre dispuesto a aconsejar e intervenir. Lo considero en sí como debilidad, como caso particular de la incapacidad para resistir a los estímulos, - a la *compasión* se la califica de virtud únicamente entre los decadentes. A los compasivos les reprocho el que con facilidad pierden el pudor, el respeto, el sentimiento de delicadeza ante las distancias, el que la compasión apesta en seguida a plebe y se asemeja a los malos modales, hasta el punto de confundirse con ellos, - el que, en ocasiones, manos compasivas pueden ejercer una influencia verdaderamente destructora en un gran destino, en un aislamiento entre heridas, en un *privilegio* a la culpa grave. Cuento entre las virtudes *nobles* la superación de la compasión: con el título «La tentación de Zarathustra» he descrito poéticamente un caso en el cual un gran grito de auxilio llega hasta él cuando la compasión, como un pecado último, quiere asaltarla y hacerle infiel *a sí mismo*. Permanecer aquí dueño de la situación, lograr aquí que la *altura* de la tarea propia permanezca limpia de los impulsos mucho más bajos y mucho más miopes que actúan en las llamadas acciones desinteresadas, ésta es la prueba, acaso la última prueba que un Zarathustra tiene que rendir - su auténtica *demonstración de fuerza*...

-5-

Todavía hay otro punto en el que, una vez más, yo soy meramente mi padre y, por así decirlo, su supervivencia tras una muerte demasiado prematura. Semejante a todo aquel que nunca ha vivido entre sus iguales y a quien el concepto de «ajuste de cuentas» le resulta tan inaccesible como, por ejemplo, el concepto de «igualdad de derechos», en los casos en que se comete conmigo una estupidez pequeña o **muy grande** yo me prohíbo toda contramedida, toda medida de protección, - como es obvio, también toda defensa, toda «justificación». Mi forma de saldar cuentas consiste en enviar como respuesta a la tontería, lo más pronto posible, algo inteligente: acaso así se la pueda reparar todavía. Dicho en imágenes: envío una caja de confites para desembarazarme de una historia **agria**... Basta con que se me haga algo malo para que yo «ajuste cuentas», de eso esté seguro: pronto encuentro una ocasión para expresar mi gratitud al «malhechor» (a veces incluso por su infamia) - o para **pedirle** algo, lo que puede resultar más cortés que el dar algo... Me parece asimismo que la palabra más grosera, la carta más grosera son mejores, son más educadas que el silencio. A quienes callan les faltan casi siempre finura y gentileza de corazón; callar es una objeción, tragarse las cosas produce necesariamente un mal carácter - estropea incluso el estómago. Todos los que se callan son dispépticos. - Como se ve, yo no quisiera que se infravalorase la grosería, ella es con mucho la forma **más humana** de la contradicción y, en medio de la molicie moderna, una de nuestras primeras virtudes. - Cuando se es lo bastante rico para permitírselo, constituye incluso una felicidad el no estar en lo justo. A un dios que bajase a la tierra no le sería lícito **hacer otra** cosa que injusticias, - tomar sobre sí no la pena, sino **la culpa**, es lo que sería divino

-6-

El estar libre de resentimiento, el conocer con claridad el resentimiento - ¡quién sabe hasta qué punto también en esto debo yo estar agradecido, en definitiva, a mi larga enfermedad! El problema no es precisamente sencillo: es necesario haberlo vivido desde la fuerza y desde la debilidad. Si algo hay que objetar en absoluto al estar enfermo, al estar débil, es que en ese estado se reblanquece en el hombre el auténtico instinto de salud, es decir, el **instinto de defensa y de ataque**. No sabe uno desembarazarse de nada, no sabe uno liquidar ningún asunto pendiente, no sabe uno rechazar nada, - todo hiede. Personas y cosas nos importunan molestante, las vivencias llegan muy hondo, el recuerdo es una herida

purulenta. El mismo estar enfermo es una especie de resentimiento. -Contra esto el enfermo no tiene más que un gran remedio: yo lo llamo el ***fatalismo ruso***, aquel fatalismo sin rebelión en virtud del cual un soldado ruso a quien la campaña le resulta demasiado dura acaba por tenderse en la nieve. No aceptar ya absolutamente nada, no tomar nada, no acoger nada dentro de sí, - no reaccionar ya en absoluto... La gran razón de este fatalismo, que no siempre es tan sólo el valor para la muerte, en cuanto conservador de la vida en las circunstancias más peligrosas para ésta, consiste en reducir el metabolismo, en tornarlo lento, en una especie de voluntad de letargo invernal. Unos cuantos pasos más en esta lógica, y tenemos el faquir, que durante semanas duerme en una tumba... Puesto que nos consumiríamos demasiado pronto si llegásemos a reaccionar, ya no reaccionamos: ésta es la lógica. Y con ningún fuego se consume uno más velozmente que con los afectos de resentimiento. El enojo, la susceptibilidad enfermiza, la impotencia para vengarse, el placer y la sed de venganza, el mezclar venenos en cualquier sentido - para personas extenuadas es ésta, sin ninguna duda, la forma más perjudicial de reaccionar: ella produce un rápido desgaste de energía nerviosa, un aumento enfermizo de secreciones nocivas, de bilis en el estómago, por ejemplo. El Resentimiento constituye lo prohibido ***en sí*** para el enfermo - su mal, por desgracia, también su tendencia más natural. - Esto lo comprendió aquel gran fisiólogo que fue Buda. Su «religión», a la que sería mejor calificar de ***higiene***, para no mezclarla con casos tan deplorables como es el cristianismo, hacía depender su eficacia de la victoria sobre el resentimiento: liberar el alma ***de*** él - primer paso para curarse. «No se pone fin a la enemistad con la enemistad, sino con la amistad»; esto se encuentra al comienzo de la enseñanza de Buda - así ***no*** habla la moral, así habla la fisiología. - El resentimiento, nacido de la debilidad, a nadie resulta más perjudicial que al débil mismo; - en otro caso, cuando se trata de una naturaleza rica, constituye un sentimiento ***superfluo***, un sentimiento tal que dominarlo es casi la demostración de la riqueza. Quien conoce la seriedad con que mi filosofía ha emprendido la lucha contra los sentimientos de venganza y de rencor, incluida también la doctrina de la «libertad de la voluntad» -la lucha contra el cristianismo es sólo un caso particular de ello-, entenderá por qué yo saco a luz, precisamente aquí, mi comportamiento personal, ***mi seguridad instintiva*** en la praxis. En los períodos de ***décadence*** yo me prohibí a mí mismo aquellos sentimientos por perjudiciales; tan pronto como la vida volvió a ser suficientemente rica y orgullosa para ello, me los prohibí por situados ***debajo de mí***. Aquel «fatalismo ruso» de que antes he hablado se ha puesto

en mí de manifiesto en el hecho de que durante años me he aferrado tenazmente a situaciones, lugares, viviendas y compañías casi insopportables, una vez que, por azar, estaban dados, - esto era mejor que cambiarlos, que *sentir* que eran cambiabes, - que rebelarse contra ellos... El perturbarme en ese fatalismo, el despertarme con violencia eran cosas que yo entonces tomaba mortalmente a mal: - en verdad ello era también siempre mortalmente peligroso. - Tomarse a sí mismo como un *fatum*, no quererse «distinto», - en tales circunstancias esto constituye la gran razón misma.

-7-

Otra cosa es la guerra. Por naturaleza soy belicoso. Atacar forma parte de mis instintos. *Poder* ser enemigo, ser enemigo - esto presupone tal vez una naturaleza fuerte, en cualquier caso es lo que ocurre en toda naturaleza fuerte. Esta necesita resistencias y, por tanto, *busca la* resistencia: el *pathos agresivo* forma parte de la fuerza con igual necesidad con que el sentimiento de venganza y de rencor forma parte de la debilidad. La mujer, por ejemplo, es vengativa: esto viene condicionado por su debilidad, lo mismo que viene condicionado por ella su excitable sensibilidad para la indigencia ajena. - La fortaleza del agresor encuentra una especie de *medida en* los adversarios que él necesita; todo crecimiento se delata en la búsqueda de un adversario -o de un problema- más potente, pues un filósofo que sea belicoso reta a duelo también a los problemas. La tarea no consiste en dominar resistencias en general, sino en dominar aquéllas frente a las cuales hay que recurrir a toda la fuerza propia, a toda la agilidad y maestría propias en el manejo de las armas, - en dominar a adversarios *iguales* a nosotros... Igualdad con el enemigo, - primer supuesto de un duelo *honesto*. Cuando lo que se siente es desprecio, no se *puede* hacer guerra; cuando lo que se hace es mandar, contemplar algo por *debajo* de sí, no *hay* que hacerla. - Mi praxis bélica puede resumirse en cuatro principios. Primero: yo sólo ataco cosas que triunfan, - en ocasiones espero hasta que lo consiguen. Segundo: yo sólo ataco cosas cuando no voy a encontrar aliados, cuando estoy solo, - cuando me comprometo exclusivamente a mí mismo... No he dado nunca un paso en público que no me comprometiese: éste es mi criterio del justo obrar. Tercero: yo no ataco jamás a personas, - me sirvo de la persona tan sólo como de una poderosa lente de aumento con la cual se puede hacer visible una situación de peligro general, pero que se escapa, que resulta poco aprehensible. Así es como ataqué a David Strauss, o, más exactamente, el *éxito*, en la «cultura»

alemana, de un libro de debilidad senil - a esta cultura la sorprendí en flagrante delito... Así es como ataqué a Wagner, o, más exactamente, la falsedad, la bastardía de instintos de nuestra «cultura», que confunde a los refinados con los ricos, a los epígonos con los grandes. Cuarto: yo sólo ataco cosas cuando está excluida cualquier disputa personal, cuando está ausente todo trasfondo de experiencias penosas. Al contrario, en mí atacar representa una prueba de benevolencia y, en ocasiones, de gratitud. Yo honro, yo distingo al vincular mi nombre con el de una cosa, de una persona: a favor o en contra - para mí esto es aquí igual. Si yo hago la guerra al cristianismo, ello me está permitido porque, por esta parte, no he experimentado ni contrariedades ni obstáculos, - los cristianos más serios han sido siempre benévolos conmigo. Yo mismo, adversario *de rigueur* del cristianismo, estoy lejos de guardar rencor al individuo por algo que es la fatalidad de milenios.-

-8-

¿Me es lícito atreverme a señalar todavía un último rasgo de mi naturaleza, el cual me ocasiona una dificultad nada pequeña en el trato con los hombres? Mi instinto de limpieza posee una susceptibilidad realmente inquietante, de modo que percibo fisiológicamente -huelo- la proximidad o -¿qué digo?- lo más íntimo, las «vísceras» de toda alma... Esta sensibilidad me proporciona antenas Psicológicas con las que palpo todos los secretos y los aprisiono con la mano: ya casi al primer contacto cobro conciencia de la mucha suciedad *escondida* en el fondo de ciertas naturalezas, debida acaso a la mala sangre, pero recubierto de barniz por la educación. Si mis observaciones son correctas, también esas naturalezas insoportables para mí limpieza perciben, por su lado, mi previsora náusea frente a ellas; pero no por esto su olor mejora... Como me he habituado a ello desde siempre -una extremada pureza para conmigo mismo constituye el presupuesto de mi existir, yo me muero en situaciones sucias-, nado y me baño y chapoteo de continuo, si cabe la expresión, en el agua, en cualquier elemento totalmente transparente y luminoso. Esto hace que el trato con seres humanos sea para mí una prueba nada pequeña de paciencia; mi humanitarismo no consiste en participar del sentimiento de cómo es el hombre, sino en *soportar* el que yo participe de ese sentimiento... Mi humanitarismo es una permanente victoria sobre mí mismo. - Pero yo necesito *soledad*, quiero decir, curación, retorno a mi mismo, respirar un aire libre, ligero y juguetón... Todo mi *Zaratustra* es un ditirambo a la

soledad o, si se me ha entendido, a la *pureza*... Por suerte, no a la estupidez *pura* -Quien tenga ojos para percibir colores, calificará al *Zaratustra* de diamantismo. -La *náusea* que el hombre, que el «Populacho» me producen ha sido siempre mi máximo peligro... ¿Queréis escuchar las palabras con que Zaratustra habla de la *redención* de la náusea?

¿Qué me ocurrió, sin embargo? ¿Cómo me redimí de la náusea? ¿Quién rejuveneció mis ojos? ¿Cómo volé hasta la altura en la que ninguna chusma se sienta ya junto al pozo?

¡Mi misma náusea me proporcionó alas y me dio fuerzas que presienten las fuentes! ¡En verdad, hasta lo más alto tuve que volar para reencontrar el manantial del placer!

¡Oh, lo encontré, hermanos míos! ¡Aquí en lo más alto brota para mí el manantial del placer! ¡Y hay una vida de la cual no bebe la chusma con los demás!

¡Casi demasiado violenta resulta tu corriente para mí, fuente del placer! ¡Y a menudo has vaciado de nuevo la copa queriendo llenarla!

Y todavía tengo que aprender a acercarme a ti con mayor modestia: con demasiada violencia corre aún mi corazón a tu encuentro: -

Mi corazón, sobre el que arde mi verano, el breve, ardiente, melancólico, sobrebienaventurado: ¡cómo apetece mi corazón estival tu frescura!

¡Disipada se halla la titubeante tribulación de mi primavera! ¡Pasada está la maldad de mis copos de nieve de junio! ¡En verano me he transformado enteramente, y en mediodía de verano!

Un verano en lo más alto, con fuentes frías y silencio bienaventurado: ¡oh, venid, amigos míos, para que el silencio resulte aún más bienaventurado!

Pues ésta es *nuestra* altura y nuestra patria: en un lugar demasiado alto y abrupto habitamos nosotros aquí para todos los impuros y para su sed.

¡Lanzad vuestros ojos puros en el manantial de mi placer, amigos míos! ¡cómo habría él de enturbiarse por ello! ¡En respuesta os reirá con *su* pureza!

En el árbol Futuro construimos nosotros nuestro nido; ¡águilas deben traernos en sus picos alimento a nosotros los solitarios! ¡En verdad, no un alimento del que también a los impuros les esté permitido comer! ¡Fuego creerían devorar, y se abrasarían los hocicos!

¡En verdad, aquí no tenemos preparadas moradas para impuros! ¡Una caverna de hielo significaría para sus cuerpos nuestra felicidad, y para sus espíritus!

Y cual vientos fuertes queremos vivir por encima de ellos, vecinos de las águilas, vecinos de la nieve, vecinos del sol: así es como viven los vientos fuertes.

E igual que un viento quiero yo soplar todavía alguna vez entre ellos, y con mi espíritu cortar la respiración a su espíritu: así lo quiere mi futuro.

En verdad, un viento fuerte es Zaratustra para todas las hondonadas; y este consejo da a sus enemigos y a todo lo que esputa y escupe: « ¡Guardaos de escupir *contra* el viento! »

Friedrich Nietzsche

Por qué soy tan inteligente

1

- ¿Por qué sé yo algunas cosas *más*? ¿Por qué soy en absoluto tan inteligente? No he reflexionado jamás sobre problemas que no lo sean -no me he malgastado. - Por ejemplo, no conozco por experiencia propia dificultades genuinamente *religiosas*. Se me ha escapado del todo hasta qué punto debía yo ser «pecador». Asimismo me falta un criterio fiable sobre lo que es remordimiento de conciencia: por lo que de él se *oye* decir, no me parece que sea nada estimable... ` Yo no podría abandonar una acción *tras haberla comenzado*, en la cuestión de su valor preferiría dejar totalmente al margen el mal éxito de la misma, sus *consecuencias*. Cuando las cosas salen mal, se pierde con demasiada facilidad la visión *correcta* de lo que se hizo: un remordimiento de conciencia me parece una especie de «mal de ojo». Respetar tanto más en nosotros algo que ha fallado *porque* ha fallado -esto, antes bien, forma parte de mi moral. -«Dios», «inmortalidad del alma», «redención», «más allá», todos estos son conceptos a los que no he dedicado ninguna atención, tampoco ningún tiempo, ni siquiera cuando era niño -¿acaso no he sido nunca bastante pueril para hacerlo?- El ateísmo yo no lo conozco en absoluto como un resultado, menos aún como un acontecimiento: en mí se da por supuesto, instintivamente. Soy demasiado curioso, demasiado *problemático*, demasiado altanero para que me agrade una respuesta burda. Dios es una respuesta burda, una indelicadeza contra nosotros los pensadores, - incluso en el fondo no es nada más que una burda *prohibición* que se nos hace: ¡no debéis pensar! ... Muy de otro modo me interesa una cuestión de la cual, más que de ninguna rareza de teólogos, depende la «salvación de la humanidad»: el problema de la alimentación. Prácticamente se lo puede formular así: «¿Cómo tienes que alimentarte precisamente tú para alcanzar tu máximo de fuerza, de *virtù* [virtud] al estilo del Renacimiento, de virtud exenta de moralina?» Mis experiencias en este punto son las peores posibles; estoy asombrado de haber percibido tan tarde esta pregunta, de haber

aprendido «razón» tan tarde de estas experiencias. Únicamente la completa nulidad de nuestra cultura alemana -su «idealismo» me explica en cierto modo por qué, justo en este punto, he sido yo tan retrasado que lindaba con la santidad. Esta «cultura», que desde el principio enseña a perder de vista las **realidades** para andar a la caza de metas completamente problemáticas, denominadas metas «ideales», por ejemplo la «cultura clásica»: - ¡como si de antemano no fuera una condena unir «clásico» y «alemán» en un único concepto! Más aún, esto produce risa -¡imaginemos un ciudadano de Leipzig con «cultura clásica»!- De hecho, hasta que llegué a los años de mi plena madurez yo he comido siempre y únicamente **mal** -expresado en términos morales, he comido «impersonalmente», «desinteresadamente», «altruísticamente», a la salud de los cocineros y de otros compañeros en Cristo. Por ejemplo, yo negué muy seriamente mi «voluntad de vida» a causa de la cocina de Leipzig, simultánea a mi primer estudio de Schopenhauer (1865). Con la finalidad de alimentarse de modo insuficiente, estropearse además el estómago - este problema me parecía maravillosamente resuelto por la citada cocina. (Se dice que el año 1866 ha producido un cambio en este terreno.) Pero la cocina alemana en general, - ¡cuántas cosas no tiene sobre su conciencia! ¡La sopa **antes** de la comida (todavía en los libros de cocina venecianos del siglo XVI se la denomina **alla tedesca**); las carnes demasiado cocidas, las verduras grasas y harinosas; ¡la degeneración de los dulces, que llegan a ser como pisapapeles! Si a esto se añade además la imperiosa necesidad, verdaderamente bestial, de los viejos alemanes, y no sólo de los **viejos**, de beber después de comer, se comprenderá también de dónde procede el **espíritu alemán** -de intestinos revueltos... El espíritu alemán es una indigestión, no da fin a nada. - Pero también la dieta **inglesa**, que, en comparación con la alemana, e incluso con la francesa, representa una especie de «vuelta a la naturaleza», es decir, al canibalismo, repugna profundamente a mi instinto propio; me parece que le proporciona pies **pesados** al espíritu - pies de mujeres inglesas... La mejor cocina es la del **Piamonte**, - Las bebidas alcohólicas me resultan perjudiciales; un solo vaso de vino o de cerveza al día basta para hacer de mi vida un «valle de lágrimas» - en Munich es donde viven mis antípodas. Aceptado que yo he comprendido esto un poco tarde, vivirlo lo he vivido en verdad desde la infancia. Cuando yo era un muchacho, creía que tanto el beber vino como el fumar tabaco eran al principio sólo una **vanitas** de gente joven, y más tarde un mal hábito. Acaso el vino de Naumburgo tenga también la culpa de este **agrio juicio**. Para creer que el vino **alegra** tendría yo que ser cristiano, es decir, creer lo que cabalmente para mí es un absurdo. Cosa extraña, mientras que pequeñas dosis de alcohol, muy diluidas, me ocasionan esa extremada destemplanza, yo me convierto casi en

un marinero cuando se trata de dosis *fuertes*. Ya de muchacho tenía yo en esto mi valentía. Escribir en una sola vigilia nocturna una larga disertación latina y además copiarla en limpio, poniendo en la pluma la ambición de imitar en rigor y concisión a mi modelo Salustio, y derramar sobre mí latín un poco de *grog* del mayor calibre, esto era algo que, ya cuando yo era alumno de la venerable Escuela de Pforta, no estaba reñido en absoluto con mi fisiología, y acaso tampoco con la de Salustio, - aunque sí, desde luego, con la venerable Escuela de Pforta... Más tarde, hacia la mitad de mi vida, me decidí ciertamente, cada vez con mayor rigor, en *contra* de cualquier bebida «espirituosa»: yo, adversario, por experiencia, del régimen vegetariano, exactamente como Richard Wagner, que fue el que me convirtió, no sabría aconsejar nunca con bastante seriedad la completa abstención de bebidas alcohólicas a todas las naturalezas de espiritualidad superior. El *agua* basta... Yo prefiero lugares en que por todas partes se tenga ocasión de beber de fuentes que corran (Niza, Turín, Sils); un pequeño vaso marcha detrás de mí como un perro. *In vino veritas*: parece que también en esto me hallo una vez más en desacuerdo con todo el mundo acerca del concepto de «verdad»; - en mí el espíritu flota sobre el *agua*... Todavía unas cuantas indicaciones sacadas de mi moral. Una comida fuerte es más fácil de digerir que una demasiado pequeña. Que el estómago entre todo él en actividad es el primer presupuesto de una buena digestión. Es preciso *conocer* la capacidad del propio estómago. Por igual razón hay que desaconsejar aquellas aburridas comidas que yo denomino banquetes sacrificiales interrumpidos, es decir, las hechas en la *table d'hôte*. - No tomar nada entre comida y comida, no beber café. el café ofusca. El *té* es beneficioso tan sólo por la mañana. Poco, pero muy cargado; el té es muy perjudicial y estropea el día entero cuando es demasiado flojo, aunque sea en un solo grado. Cada uno tiene en estos asuntos su propia medida, situada de ordinario entre límites muy estrechos y delicados. En un clima muy excitante el té es desaconsejable como primera bebida del día: se debe comenzar una hora antes con una taza de chocolate espeso y desgrasado. - Estar *sentado* el menor tiempo posible; no prestar fe a ningún pensamiento que no haya nacido al aire libre y pudiendo nosotros movernos con libertad, - a ningún pensamiento en el cual no celebren una fiesta también los músculos. Todos los prejuicios proceden de los intestinos. La carne sedentaria -ya lo he dicho en otra ocasión- es el auténtico *pecado* contra el espíritu santo

Con el problema de la alimentación se halla muy estrechamente ligado el problema del *lugar* y del *clima*. Nadie es dueño de vivir en todas partes; y quien ha de solucionar grandes tareas que exigen toda su fuerza tiene aquí incluso una elección muy restringida. La influencia del clima sobre el *metabolismo*, sobre la retardación o la aceleración de éste, llega tan lejos que un desacuerdo en la elección del lugar y del clima no sólo puede alejar a cualquiera de su tarea, sino llegar incluso a sustraérsela del todo: no consigue verla jamás. El *vigor* animal no se ha hecho nunca en él lo bastante grande para alcanzar aquella libertad desbordante que penetra hasta lo más espiritual y en la que alguien conoce: *esto* sólo yo puedo hacerlo... Una inercia intestinal, aun muy pequeña, convertida en un mal hábito, basta para hacer de un genio algo mediocre, algo «alemán»; el clima alemán, por sí solo, es suficiente para desalentar a intestinos robustos e incluso nacidos para el heroísmo. El *tempo* del metabolismo mantiene una relación precisa con la movilidad o la torpeza de los *pies* del espíritu; el «espíritu» mismo, en efecto, no es más que una especie de ese metabolismo. Examinemos en qué lugares hay y ha habido hombres ricos de espíritu, donde el ingenio, el refinamiento, la maldad formaban parte de la felicidad, donde el genio tuvo su hogar de manera casi necesaria: todos ellos poseen un aire magníficamente seco. París, la Provenza, Florencia, Jerusalén, Atenas -estos nombres demuestran una cosa: el genio está *condicionado* por el aire seco, por el cielo puro, - es decir, por un metabolismo rápido, por la posibilidad de recobrar una y otra vez cantidades grandes, incluso gigantescas, de fuerza. Tengo ante mis ojos un caso en que un espíritu dotado de una constitución notable y libre se volvió estrecho, encogido, se convirtió en un especialista y en un avinagrado, meramente por falta de finura de instintos en asuntos climáticos. Y yo mismo habría acabado por poder convertirme en ese caso si la enfermedad no me hubiera forzado a razonar, a reflexionar sobre la razón en la realidad. Ahora que, tras prolongada ejercitación, leo en mí mismo como en un instrumento muy delicado y fiable los influjos de origen climático y meteorológico, y ya en un pequeño viaje, de Turín a Milán por ejemplo, calculo fisiológicamente en mí la variación de grados en la humedad del aire, pienso con terror en el hecho *siniestro* de que mi vida, exceptuando estos diez últimos años, no ha transcurrido más que en lugares falsos y realmente *prohibidos* para mí. Naumburgo, Schulpforta, Turingia en general, Leipzig, Basilea - otros tantos lugares nefastos para mi fisiología. Si yo no tengo ni un solo recuerdo agradable de mi infancia ni de mi juventud, sería una estupidez aducir aquí las llamadas causas «morales» -por ejemplo, la indiscutible falta de compañía *adecuada*, pues esta falta existe ahora como ha existido siempre, sin que ella me impida ser jovial y valiente. La ignorancia *in physiologicis* -el maldito

«idealismo»- es la auténtica fatalidad en mi vida, lo superfluo y estúpido en ella, algo de lo que no salió nada bueno y para lo cual no hay ninguna compensación, ningún descuento. Por las consecuencias de este «idealismo» me explico yo todos los desaciertos, todas las grandes aberraciones del instinto y todas las «modestias» que me han apartado de la *tarea* de mi vida, así, por ejemplo, el haberme hecho filólogo -¿por qué no, al menos, médico, o cualquier otra cosa que abra los ojos? En mi época de Basilea toda mi dieta espiritual, incluida la distribución de la jornada, fue un desgaste completamente insensato de fuerzas extraordinarias, sin tener una recuperación de ellas que cubriese de alguna manera aquel consumo, sin siquiera reflexionar sobre el consumo y su compensación. Faltaba todo cuidado de sí un poco más delicado, toda *protección* procedente de un instinto que impartiese órdenes, era un equipararse a cualquiera, un «desinterés», un olvidar la distancia propia, - algo que no me perdonaré jamás. Cuando me encontraba casi al final comencé a reflexionar, por el *hecho* de encontrarme así, sobre esta radical sinrazón de mi vida - el «idealismo». La *enfermedad* fue la que me condujo a la razón.

3

La elección en la alimentación; la elección de clima y lugar; - la tercera cosa en la que por nada del mundo es lícito cometer un desacuerdo es la elección de la especie *propia de recrearse*. También aquí los límites de lo permitido, es decir, de lo útil, a un espíritu que sea *sui generis* son estrechos, cada vez más estrechos. En mi caso, toda *lectura* forma parte de mis recreaciones: en consecuencia, forma parte de aquello que me libera a mí de mí, que me permite ir a pasear por ciencias y almas extrañas, - cosa que yo no tomo ya en serio. La lectura me recrea precisamente de mi seriedad. En épocas de profundo trabajo no se ve libro alguno junto a mí: me guardaría bien de dejar hablar y menos aún pensar a alguien cerca de mí. Y esto es lo que significaría, en efecto, leer... ¿Se ha observado realmente que, en aquella profunda tensión a que el embarazo condena al espíritu y, en el fondo, al organismo entero, ocurre que el azar, que toda especie de estímulo venido de fuera influyen de un modo demasiado vehemente, «golpean» con demasiada profundidad? Hay que evitar en lo posible el azar, el estímulo venido de fuera; un como emparedarse dentro de sí forma parte de las primeras corduras instintivas del embarazo espiritual. ¿Permitiré que un pensamiento *extraño* escale secretamente la pared? - Y esto es lo que significaría, en efecto, leer...

A las épocas de trabajo y fecundidad sigue el tiempo de recrearse: ¡acercaos, libros agradables, ingeniosos, inteligentes! - ¿Serán libros alemanes?... Tengo que retroceder medio año para sorprenderme con un libro en la mano. ¿Cuál era? - Un magnífico estudio de Victor Brochard, *Les Sceptiques Grecs*, en el que se utilizan mucho también mis *Laertiana*. ¡Los escépticos el único tipo *respetable* entre el pueblo de los filósofos, pueblo de doble sentido y hasta de quíntuple!... Por lo demás, casi siempre me refugio en los mismos libros, un número pequeño en el fondo, que han *demonstrado* estar hechos precisamente para mí. Acaso no esté en mi naturaleza el leer muchas y diferentes cosas: una sala de lectura me pone enfermo. Tampoco está en mi naturaleza el amar muchas o diferentes cosas. Cautela, incluso hostilidad contra libros nuevos forman parte de mi instinto, antes que «tolerancia», *largeur de cœur* y cualquier otro «amor al prójimo»... En el fondo yo retorno una y otra vez a un pequeño número de franceses antiguos: creo únicamente en la cultura francesa, y todo lo demás que en Europa se autodenomina «cultura» lo considero un malentendido, para no hablar de la cultura alemana... Los pocos casos de cultura elevada que he encontrado en Alemania eran todos de procedencia francesa, ante todo la señora Cósima Wagner, la primera voz, con mucho, en cuestiones de gusto que yo he oído... El que a Pascal no lo lea, sino que lo *ame* como a la más instructiva víctima del cristianismo, asesinado con lentitud, primero corporalmente, después psicológicamente, cual corresponde a la entera lógica de esta forma horrorosa entre todas de inhumana crueldad; el que yo tenga en el espíritu, ¡quién sabe!, acaso también en el cuerpo algo de la petulancia de Montaigne; el que mi gusto de artista no defienda sin rabia los nombres de Molière, Corneille y Racine contra un genio salvaje como Shakespeare: esto no excluye, en definitiva, el que también los franceses recentísimos sean para mí una compañía encantadora. No veo en absoluto en qué siglo de la historia resultaría posible pescar de un solo golpe psicólogos tan curiosos y a la vez tan delicados como en el París de hoy: menciono como ejemplos -pues su número no es pequeño- a los señores Paul Bourget, Pierre Loti, Gyp, Meilhac, Anatole France, Jules Lemaître, o, para destacar a uno de la raza fuerte un auténtico latino, al que quiero especialmente, Guy de Maupassant. Dicho entre nosotros, prefiero esta generación incluso a sus grandes maestros, todos los cuales están corrompidos por filosofía alemana: el señor Taine, por ejemplo, por Hegel, al que debe su incomprendición de grandes hombres y de grandes épocas. A donde llega Alemania, *corrompe* la cultura. La guerra es la que ha «redimido» al espíritu en Francia... Stendhal, uno de los más bellos azares de mi vida -pues todo lo que en él hace época lo ha traído hasta mí el azar, nunca una recomendación- es totalmente inapreciable, con su anticipador ojo de psicólogo, con su garra para los hechos, que recuerda la

cercanía del gran realista (*ex ungue Napoleonem*); y finalmente, y no es lo de menos, en cuanto ateísta *honesto*, una *species* escasa y casi inencontrable en Francia -sea dicho esto en honor de Prosper Mérimée...- ¿Acaso yo mismo estoy un poco envidioso de Stendhal? Me quitó el mejor chiste de ateísta, un chiste que precisamente yo habría podido hacer: «La única disculpa de Dios es que no existe...» Yo mismo he dicho en otro lugar: ¿cuál ha sido hasta ahora la máxima objeción contra la existencia? *Dios*...

4

El concepto supremo del lírico me lo ha proporcionado *Heinrich Heine*. En vano busco en los imperios todos de los milenios una música tan dulce y tan apasionada. El poseía aquella divina maldad sin la cual soy incapaz de imaginarme lo perfecto, - yo estimo el valor de hombres, de razas, por el grado de necesidad con que no pueden concebir a Dios separado del sátiro. - ¡y cómo maneja el alemán! Alguna vez se dirá que Heine y yo hemos sido, a gran distancia, los primeros artistas de la lengua alemana -a una incalculable lejanía de todo lo que simples alemanes han hecho con ella. - Yo debo tener necesariamente una afinidad profunda con el *Manfredo de Byron*: todos esos abismos los he encontrado dentro de mí, - a los trece años ya estaba yo maduro para esta obra. No tengo una palabra, sólo una mirada, para quienes se atreven a pronunciar la palabra *Fausto* en presencia del *Manfredo*. Los alemanes son *incapaces* de todo concepto de grandeza: prueba Schumann. Propiamente por rabia contra este empalagoso sajón he compuesto una antiobertura para el *Manfredo*, de la cual dijo Hans von Bülow que no había visto jamás nada igual en papel de música: que era un estupro de Euterpe. Cuando busco mi fórmula suprema para definir a *Shakespeare*, siempre encuentro tan sólo la de haber concebido el tipo de César. Algo así no se adivina, se es o no se es. El gran poeta se nutre *únicamente* de su realidad - hasta tal punto que luego no soporta ya su obra... Cuando he echado una mirada a mi *Zaratustra*, me pongo después a andar durante media hora, de un lado para otro de mi cuarto, incapaz de dominar una insoportable convulsión de sollozos. No conozco lectura más desgarradora que Shakespeare: ¡cuánto tiene que haber sufrido un hombre para necesitar hasta tal grado ser un bufón! - ¿Se *comprende* el *Hamlet*? No la duda, la *certeza* es lo que vuelve loco... Pero para sentir así es necesario ser profundo, ser abismo, ser filósofo... Todos nosotros tenemos *miedo* de la verdad... Y, lo confieso: instintivamente estoy seguro y cierto de que lord Bacon es el iniciador, el autotorturador

experimental de esta especie, la más siniestra de todas, de literatura: ¿qué me importa la miserable charlatanería de esas caóticas y planas cabezas americanas? Pero la fuerza para el realismo más poderoso de la visión sólo es compatible con la más poderosa fuerza para acción, para lo monstruoso de la acción, para el crimen - ***los presupone incluso...*** No conocemos, ni de lejos, suficientes cosas de lord Bacon, el primer realista en todo sentido grande de esta palabra, para saber te ***lo que*** él ha hecho, ***lo que*** él ha querido, ***lo que*** él ha experimentado dentro de sí... Y ¡al diablo, señores críticos! Suponiendo que yo hubiera bautizado mi ***Zaratustra*** con un nombre ajeno, el de Richard Wagner por ejemplo, la perspicacia de dos milenios no habría bastado para adivinar que el autor de ***Humano, demasiado humano*** es el visionario del ***Zaratustra***...

5

Ahora que estoy hablando de las recreaciones de mi vida necesito decir una palabra para expresar mi gratitud por aquello que, con mucho, más profunda y cordialmente me ha recreado. Esto ha sido, sin ninguna duda, el trato íntimo con Richard Wagner. Doy por poco precio el resto de mis relaciones humanas; mas por nada del mundo quisiera yo apartar de mi vida los días de Tribschen, días de confianza, de jovialidad, de azares sublimes - de instantes ***profundos...*** No sé las vivencias que otros habrán tenido con Wagner: sobre nuestro cielo no pasó jamás nube alguna. - Y con esto vuelvo una vez más a Francia; - no tengo argumentos, tengo simplemente una mueca de desprecio contra los wagnerianos ***et hoc genus omne*** que creen honrar a Wagner encontrándolo semejante a ellos mismos... Dado que yo soy extraño, en mis instintos más profundos, a todo lo que es alemán, hasta el punto de que la mera proximidad de una persona alemana me retarda la digestión, el primer contacto con Wagner fue también el primer respiro libre en mi vida: lo sentí lo veneré como ***tierra extranjera***, como antítesis, como viviente protesta contra todas las «virtudes alemanas».

- Nosotros los que respiramos de niños el aire cenagoso de los años cincuenta somos por necesidad pesimistas respecto al concepto de «alemán»; nosotros no podemos ser otra cosa que revolucionarios, -nosotros no admitiremos ningún estado de cosas en que el ***santurrón*** domine. Me es completamente indiferente el que el santurrón represente hoy la comedia vestido con colores distintos, el que se vista de escarlata o se ponga uniformes

de húsar... ¡Bien! Wagner era un revolucionario - huía de los alemanes... Quien es *artista* no tiene, en cuanto tal, patria alguna en Europa excepto en París; la *délicatesse* en todos los cinco sentidos del arte presupuesta por el arte de Wagner, la mano para las *nuances*, la morbosidad psicológica se encuentran únicamente en París. En ningún otro sitio se tiene esa pasión en cuestiones de forma, esa seriedad en la *mise en scène* - es la seriedad parisina *par excellence*. En Alemania no se tiene ni la menor idea de la gigantesca ambición que alienta en el alma de un artista parisino. El alemán es bondadoso, Wagner no lo era en absoluto... Pero ya he dicho bastante (en *Más allá del bien y del mal*, págs. 256 s.) sobre cuál es el sitio a que Wagner corresponde, sobre quiénes son sus parientes más próximos: es el tardío romanticismo francés, aquella especie arrogante y arrebatadora de artistas como Delacroix, como Berlioz, con un *fond* de enfermedad, de incurabilidad en su ser, puros fanáticos de la *expresión*, virtuosos de arriba a abajo... ¿Quién fue el primer partidario *inteligente* de Wagner? Charles Baudelaire , el primero también en entender a Delacroíx, Baudelaire, aquel *décadent* típico, en el que se ha reconocido una generación entera de artistas - acaso él haya sido también el último... ¿Lo que no le he perdonado nunca a Wagner? El haber *condescendido* con los alemanes, el haberse convertido en alemán del *Reich*... A donde Alemania llega, *corrompe* la cultura.

6

Teniendo en cuenta unas cosas y otras yo no habría soportado mi juventud sin música wagneriana. Pues yo estaba *condenado* a los alemanes. Cuando alguien quiere escapar a una presión intolerable necesita haxix. Pues bien, yo necesitaba Wagner. Wagner es el contraveneno *par excellence* de todo lo alemán - veneno, no lo niego... Desde el instante en que hubo una partitura para piano del *Tristán* -¡muchas gracias, señor von Bülow!- fui wagneriano. Las obras anteriores de Wagner las consideraba situadas por debajo de mí, demasiado vulgares todavía, demasiado «alemanas»... Pero aun hoy busco una obra que posea una fascinación tan peligrosa, una infinitud tan estremecedora y dulce como el *Tristán*, - en vano busco en todas las artes. Todas las cosas peregrinas de Leonardo da Vinci pierden su encanto a la primera nota del *Tristán*. Esta obra es absolutamente el *non plus ultra* de Wagner; con *Los Maestros Cantores* y con *El Anillo* descansó de ella. Volverse más sano - esto es un *paso atrás* en una naturaleza como Wagner... Considero una suerte de primer rango el haber vivido en el momento oportuno

y el haber vivido cabalmente entre alemanes para estar *maduro* para esta obra: tan lejos llega en mí la curiosidad del psicólogo. Pobre es el mundo para quien nunca ha estado lo bastante enfermo para gozar de esa «voluptuosidad del infierno»: está permitido, está casi mandado emplear aquí una fórmula de los místicos. Pienso que yo conozco mejor que nadie las hazañas gigantescas que Wagner es capaz de realizar, los cincuenta mundos de extraños éxtasis para volar hacia los cuales nadie excepto él ha tenido alas; y como soy lo bastante fuerte para transformar en ventaja para mí incluso lo más problemático y peligroso, haciéndome así más fuerte, llamo a Wagner el gran benefactor de mi vida. Aquello en que somos afines, el haber sufrido, también uno a causa del otro, más hondamente de lo que hombres de este siglo serían capaces de sufrir volverá a unir nuestros nombres eternamente, y así como es cierto que entre alemanes Wagner no es mas que un malentendido, así es cierto que también yo lo soy y lo seré siempre. - ¡Dos siglos de disciplina psicológica y artística *primero*, señores alemanes!... Pero una cosa así no se recupera.-

7

- Voy a decir todavía unas palabras para los oídos más selectos: qué es lo que yo quiero en realidad de la música. Que sea jovial y profunda, como un mediodía de octubre. Que sea singular, traviesa, tierna, una pequeña y dulce mujer de perfidia y de encanto... No admitiré nunca que un alemán *pueda* saber lo que es música. Los amados músicos alemanes, ante todo los mas grandes, son *extranjeros*, eslavos, croatas, italianos, holandeses - o judíos; en caso contrario, alemanes de la raza fuerte, alemanes *extintos*, como Heinrich Schütz, Bach y Händel. Yo mismo continúo siendo demasiado polaco para dar todo el resto de la música a cambio de Chopin: exceptúo, por tres razones, el *Idilio de Sigfredo* , de Wagner, acaso también a Listz, que sobrepuja a todos los músicos en los acentos nobles de la orquesta; y por fin, además, todo lo que ha nacido más allá de los Alpes - *más acá...* Yo no sabría pasarme sin Rossini y menos aún sin lo que constituye mi sur en la música, la música de mi *maestro* veneciano *Pietro Gasti*. Y cuando digo más acá de los Alpes, propiamente digo sólo Venecia. Cuando busco otra palabra para decir música, encuentro siempre tan sólo la palabra Venecia. No sé hacer ninguna diferencia entre lágrimas y música, no sé pensar la felicidad, el *sur*, sin estremecimientos de terror.

Junto al puente me hallaba
hace un momento en la grisácea noche.
Desde lejos un cántico venía:
gotas de oro rodaban una a una
sobre la temblorosa superficie.
Todo, góndolas, luces y la música,
ebrio se deslizaba hacia el crepúsculo...

Instrumento de cuerda, a sí mi alma,
de manera invisible commovida,
en secreto cantábase, temblando
ante los mil colores de su dicha, una canción
de góndola.
¿Alguien había que escuchase a mi alma?...

8

En todo esto -en la elección de alimentos, de lugar y clima, de recreaciones- reina un instinto de autoconservación que se expresa de la manera más inequívoca en forma de **instinto de autodefensa**. Muchas cosas no verlas, no oírlas, no dejar que se nos acerquen - primera cordura, primera prueba de que no se es un azar, sino una necesidad. La palabra corriente para expresar tal instinto de autodefensa es **gusto**. Su imperativo no sólo ordena decir no allí donde el sí representaría un «desinterés», sino también **decir no lo menos posible**. Separarse, alejarse de aquello a lo cual habría necesidad de decir no una y otra vez. La razón en esto está en que los gastos defensivos, incluso los muy pequeños, si se convierten en regla, en hábito, determinan un empobrecimiento extraordinario y completamente superfluo. Nuestros **grandes** gastos son los gastos pequeños y pequeñísimos. El rechazar, el no-dejar-acercarse a las cosas, es un gasto -no haya engaño en esto-, una fuerza **derrochada** en finalidades negativas. Simplemente por la necesidad constante de defenderse puede uno llegar a volverse tan débil que no pueda ya defenderse. - Supongamos que yo saliese de casa y encontrase, en vez del tranquilo y aristocrático Turín, la pequeña ciudad alemana: mi instinto tendría que bloquearse para rechazar todo lo que en él penetraría de ese mundo aplastado y cobarde. O que encontrase la gran ciudad alemana, ese vicio hecho edificios, un lugar en donde nada crece, en donde toda cosa, buena o mala, ha sido traída de fuera. ¿No tendría que convertirme en un **erizo**? - Pero tener

púas es una dilapidación, incluso un lujo doble, cuando somos dueños de no tener púas, sino manos *abiertas*...

Otra cordura y autodefensa consiste en *reaccionar las menos veces posible* y en eludir las situaciones y condiciones en que se estaría condenado a exhibir, por así decirlo, la propia «libertad», la propia iniciativa, y a convertirse en un mero reactivo. Tomo como imagen el trato con los libros. El docto, que en el fondo no hace ya otra cosa que «revolver» libros -el filólogo corriente, unos doscientos al día-, acaba por perder íntegra y totalmente la capacidad de pensar por cuenta propia. Si no revuelve libros, no piensa. *Responde* a un estímulo (un pensamiento leído) cuando piensa, -al final lo único que hace ya es reaccionar. El docto dedica toda su fuerza a decir sí y no, a la crítica de cosas ya pensadas, - él mismo ya no piensa... El instinto de autodefensa se ha reblandecido en él; en caso contrario, se defendería contra los libros. El docto - un *décadent*. - Esto lo he visto yo con mis propios ojos: naturalezas bien dotadas, con una constitución rica y libre, ya a los treinta años «leídas hasta la ruina», reducidas ya a puras cerillas, a las que es necesario frotar para que den chispas - «pensamiento». - Muy temprano, al amanecer el día, en la frescura, en la aurora de su fuerza, leer un *libro* - ¡a esto yo lo califico de vicioso! --

9

En este punto no se puede eludir ya el dar la auténtica respuesta a la pregunta de *cómo se llega a ser lo que se es*. Y con ello rozó la obra maestra en el arte de la autoconservación, - del *egoísmo*... Suponiendo, en efecto, que la tarea, la destinación, el *destino* de la tarea superen en mucho la medida ordinaria, ningún peligro sería mayor que el de enfrentarse cara a cara con esa tarea. El llegar a ser lo que se es presupone el no barruntar ni de lejos *lo que* se es. Desde este punto de vista tienen su sentido y valor propios incluso los *desaciertos* de la vida, los momentáneos caminos secundarios y errados, los retrasos, las «modestias», la seriedad dilapidada en tareas situadas más allá de *la* tarea. En todo esto puede expresarse una gran cordura, incluso la cordura más alta: cuando el *nosce te ipsum* sería la receta para perecer, entonces el olvidar-se, él *malentender-se*, el empequeñecerse, el estrechar-se, el mediocritzarse se transforman en la razón misma. Expresado de manera moral: amar al prójimo, vivir para otros y para otra cosa *pueden* ser la medida de defensa para conservar la más dura mismidad. Es este el caso excepcional

en que, contra mi regla y mi convencimiento, me incliné por los impulsos «desinteresados»: ellos trabajan aquí al servicio del *egoísmo*, de la *disciplina de sí mismo*. -Es preciso mantener la superficie de la conciencia -la conciencia *es* una superficie- limpia de cualquiera de los grandes imperativos. ¡Cuidado incluso con toda palabra grande, con toda gran actitud! Puros peligros de que el instinto «se entiende» demasiado pronto. - - Entretanto sigue creciendo, en la profundidad, la «idea» organizadora, la idea llamada a dominar, - comienza a dar órdenes, nos *saca* lentamente, con su guía, de los caminos secundarios y equivocados, prepara cualidades y capacidades *singulares* que alguna vez demostrarán ser indispensables como medios para el todo, - ella configura una tras otra todas las facultades *subalternas* antes de dejar oír algo de la tarea dominante, de la «meta», la «finalidad», el «sentido». - Contemplada en este aspecto, mi vida es sencillamente prodigiosa. Para la tarea de una *transvaloración de los valores* eran tal vez necesarias más facultades que las que jamás han coexistido en un solo individuo, sobre todo también antítesis de facultades, sin que a éstas les fuera lícito perturbarse unas a otras destruirse mutuamente. Jerarquía de las facultades; distancia; el arte de separar sin enemistar; no mezclar nada, no «conciliar» nada; una multiplicidad enorme, que es, sin embargo, lo contrario del caos -esta fue la condición previa, el trabajo y el arte prolongados y secretos de mi instinto. Su *alto patronato* se mostró tan fuerte que yo en ningún caso he barruntado siquiera lo que en mí crece, - y así todas mis fuerzas *aparecieron* un día súbitas, maduras, en su perfección última. En mi recuerdo falta el que yo me haya- esforzado alguna vez, - no es posible detectar en mi vida rasgo alguno de *lucha*, yo soy la antítesis de una naturaleza heroica. «Querer» algo, «aspirar» a algo, proponerse una «finalidad», un «deseo» - nada de esto lo conozco yo por experiencia propia. Todavía en este instante miro hacia mi futuro -¡un *vasto* futuro!- como hacia un mar liso: ningún deseo se encrespa en él. No tengo el menor deseo de que algo se vuelva distinto de lo que es; yo mismo no quiero volverme una cosa distinta. Pero así he vivido siempre. No he tenido ningún deseo. ¡Soy alguien que, habiendo cumplido ya los cuarenta y cuatro años, puede decir que no se ha esforzado jamás por poseer *honores, mujeres, dinero!* No es que me hayan faltado... Así, por ejemplo, un día fui catedrático de Universidad -nunca había pensado ni de lejos en cosa semejante, pues entonces apenas tenía veinticuatro años-. Y así un día fui, dos años antes, filólogo: en el sentido de que mi *primer* trabajo filológico, mi comienzo en todos los aspectos, me fue solicitado por mi maestro Ritschl para publicarlo en su *Rheinisches Museum (Ritschl)* -lo digo con veneración-, el único docto genial que me ha sido dado a conocer hasta hoy. El poseía aquella agradable corrupción que nos distingue a

los de Turingia y con la que incluso un alemán se vuelve simpático: - nosotros para llegar a la verdad, continuamos prefiriendo los caminos tortuosos. Con estas palabras no quisiera en absoluto haber infravalorado a mi cercano paisano, el *inteligente* Leopold von Ranke...)

10

- Se me preguntará cuál es la auténtica razón de que yo haya contado todas estas cosas pequeñas y, según el juicio tradicional, indiferentes; al hacerlo me perjudico a mí mismo, tanto más si estoy destinado a representar grandes tareas. Respuesta: estas cosas pequeñas -alimentación, lugar, clima, recreación, lugar, clima, recreación, toda la casuística del egoísmo. Son inconcebiblemente más importantes que todo lo que hasta ahora se ha considerado importante. Justo aquí es preciso comenzar a *cambiar lo aprendido*. Lo que la humanidad ha tomado en serio hasta este momento no son ni siquiera realidades, son meras imaginaciones o, hablando con más rigor, *mentiras* nacidas de los instintos malos de naturalezas enfermas, de naturalezas nocivas en el sentido más hondo -todos los conceptos «Dios», «alma», «virtud», «pecado», «más allá», «verdad», «vida eterna»... Pero en ellos se ha buscado la grandeza de la naturaleza humana, su «divinidad»... Todas las cuestiones de la política, del orden social, de la educación han sido hasta ahora falseadas íntegra y radicalmente por el hecho de haber considerado hombres grandes a los hombres más nocivos, - por el hecho de haber aprendido a despreciar las cosas «pequeñas», quiero decir los asuntos fundamentales de la vida misma... Nuestra cultura actual es ambigua en sumo grado ... ¡El emperador alemán pactando con el Papa como sí el papa no fuera el representante de la enemistad mortal contra la vida! ... Lo que hoy se construye, al cabo de tres años ya no se tiene en pie. - Si me mido por lo que *puedo* hacer, para no hablar de lo que viene detrás de mí, una subversión, una construcción sin igual, tengo más derecho que ningún otro mortal a la palabra grandeza. Y si me comparo con los hombres a los que hasta ahora se ha honrado como a los hombres *primeros*, la diferencia es palpable. A estos presuntos «primeros» Yo no los considero siquiera hombres; para mí son desecho de la humanidad, engendros de enfermedad y de instintos vengativos: son simplemente monstruos funestos y, en el fondo, incurables, que se vengan de la vida... Yo quiero ser la antítesis de ellos: mi privilegio consiste en poseer la suprema finura para percibir todos los signos de instintos sanos. Falta en mí todo rasgo enfermizo; yo no he estado enfermo ni siquiera en épocas de grave

enfermedad; en vano se buscará en mi ser un rasgo de fanatismo. No se podrá demostrar, en ningún instante de mi vida, actitud alguna arrogante o patética. El *pathos* de la afectación no corresponde a la grandeza; quien necesita adoptar actitudes afectadas, es falso... ¡Cuidado con todos los hombres extravagantes! - La vida se me ha hecho ligera, y más ligera que nunca cuando exigió de mí lo más pesado. Quien me ha visto en los setenta días de este otoño, durante los cuales he producido sencillamente, sin interrupción, cosas de primera categoría, que ningún hombre volverá a hacer después de mí - ni ha hecho antes de mí, con una responsabilidad para con todos los siglos que me siguen, no habrá percibido en mí rasgo alguno de tensión, antes bien una frescura y una jovialidad exuberantes. Nunca he comido con sentimientos más agradables, no he dormido jamás mejor. -No conozco ningún otro modo de tratar con tareas grandes que el *juego*: éste es, como indicio de la grandeza, un presupuesto esencial. La más mínima constricción, el gesto sombrío, cualquier tono duro en la garganta son, en su integridad, objeciones contra la persona, ¡y mucho más aún contra su obra! ... No es lícito tener nervios... También el sufrir por la soledad es una objeción; yo no he sufrido nunca más que por la «muchedumbre»... En una época absurdamente temprana, a los siete años, ya sabía yo que nunca llegaría hasta mí una palabra humana: ¿se me ha visto alguna vez ensombrecido por esto? - Yo muestro todavía hoy la misma afabilidad para con cualquiera, yo estoy incluso lleno de distinciones para con los más humildes: en todo esto no hay pizca de orgullo, de secreto desprecio. Aquel a *quien* yo desprecio adivina que es despreciado por mí: con mi mero existir ofendo a todo lo que tiene mala sangre en el cuerpo... Mi fórmula para expresar la grandeza en el hombre es *amor fati*: el no querer que nada sea distinto, ni en el pasado, ni en el futuro, ni por toda la eternidad. No sólo soportar lo necesario, y menos aún disimularlo -todo idealismo es mendacidad frente a lo necesario-, sino *amarlo*...

Friedrich Nietzsche

Trad. A. Sánchez Pascual

POR QUÉ ESCRIBO TAN BUENOS LIBROS

1

Una cosa soy yo, otra cosa son mis escritos. - Antes de hablar de ellos tocaré la cuestión de si han sido comprendidos o *in*-comprendidos. Lo hago con la negligencia que, de algún modo, resulta apropiada, pues no ha llegado aún el tiempo de hacer esa pregunta. Tampoco para mí mismo ha llegado aún el tiempo, algunos nacen póstumamente. - Algún día se sentirá la necesidad de instituciones en que se viva y se enseñe como yo sé vivir y enseñar; tal vez, incluso, se creen entonces también cátedras especiales dedicadas a la interpretación del *Zaratustra*. Pero estaría en completa contradicción conmigo mismo si ya hoy esperase yo encontrar oídos y *manos* para *mis* verdades: que hoy no se me oiga, que hoy no se sepa tomar nada de mí, eso no sólo es comprensible, eso me parece incluso lo justo. No quiero ser confundido con otros, - para ello, tampoco yo debo confundirme a mí mismo con otros. - Lo repito, en mi vida se puede señalar muy poco de “malvada voluntad”; tampoco de «malvada voluntad» literaria podría yo narrar apenas caso alguno. En cambio, demasiado de estupidez *pura* Tomar en las manos un libro mío me parece una de las más raras distinciones que alguien se puede conceder, - supongo incluso que para hacerlo se quitará los guantes, para no hablar de las botas... Cuando en una ocasión el doctor Heinrich von Stein se quejó honestamente de no entender una palabra de mi *Zaratustra*, le dije que me parecía natural: haber comprendido seis frases de ese libro, es decir, haberlas *vivido*, eleva a los mortales a un nivel superior al que los hombres «modernos» podrían alcanzar. Poseyendo *este* sentimiento de la distancia, ¡cómo *podría* yo ni siquiera desear ser leído por los «modernos» que conozco! - Mi triunfo es precisamente el opuesto del de Schopenhauer, - yo digo *non legor, non legar*. - No es que yo quiera infravalorar la satisfacción que me ha producido muchas

veces la *inocencia* con que se ha dicho no a mis escritos. Todavía este verano, en una época en la cual con el peso, con el excesivo peso de mi literatura, tal vez podría yo desnivelar la balanza con todo el resto de la literatura, un catedrático de la Universidad de Berlín me dio a entender benévolamente que debería servirme de una forma distinta, pues cosas así no las lee nadie. - Últimamente no ha sido Alemania, sino Suiza, la que ha ofrecido los dos casos extremos. Un artículo del doctor V. Widmann publicado en el *Bund* sobre *Más allá del bien y del mal*, con el título «El peligroso libro de Nietzsche» y una reseña global sobre mis libros, escrita por el señor Karl Spitteler , asimismo en el *Bund*, representan un *maximum* en mi vida - me guardo de decir de qué... El último consideraba, por ejemplo, mi *Zaratustra* como un «superior ejercicio de estilo» y expresaba el deseo de que en adelante me ocupase también del contenido; el doctor Widmann me manifestaba su aprecio por el valor con que me esfuerzo en abolir todos los sentimientos decorosos Por una pequeña malicia del azar, en este artículo cada frase era, con una coherencia que he admirado, una verdad puesta del revés: en el fondo bastaba con «transvalorar todos los valores» para dar, incluso de un modo notable, a propósito de mí, en la cabeza del clavo, - en lugar de dar con un clavo en mi cabeza... Con tanto mayor motivo intento ofrecer una explicación. - En última instancia nadie puede escuchar en las cosas, incluidos los libros, más de lo que ya sabe. Se carece de oídos para escuchar aquello a lo cual no se tiene acceso desde la vivencia. Imaginémonos el caso extremo de que un libro no hable más que de vivencias que, en su totalidad, se encuentran situadas más allá de la posibilidad de una experiencia frecuente o, también, poco frecuente, - de que sea el *primer lenguaje* para expresar una serie nueva de experiencias. En este caso, sencillamente, no se oye nada, lo cual produce la ilusión acústica de creer que donde no se oye nada *no hay tampoco nada...* Esta es, en definitiva, mi experiencia ordinaria y, si se quiere, la *originalidad* de mi experiencia. Quien ha creído haber comprendido algo de mí, ése ha rehecho algo mío a su imagen -no raras veces le ha salido lo opuesto a mí, por ejemplo, un «idealista»; quien no había entendido nada de mí, negaba que yo hubiera de ser tenido siquiera en cuenta-. La palabra «*superhombre*», que designa un tipo de óptima constitución, en contraste con los hombres «modernos», con los hombres «buenos», con los cristianos y demás nihilistas -una palabra que, en boca de Zaratustra, el *aniquilador* de la moral- se convierte en una palabra muy digna de reflexión, ha sido entendida casi en todas partes, con total inocencia, en el sentido de aquellos valores cuya antítesis se ha manifestado en la figura de Zaratustra, es decir, ha sido entendida como tipo «idealista» de una especie superior de hombre. mitad «santo» mitad «genio». Otros doctos animales con cuernos me han achacado, por su parte, darwinismo; incluso se

ha redescubierto aquí el «culto de los héroes», tan duramente rechazado por mi, de aquel gran falsario involuntario e inconsciente que fue Carlyle. Y a una persona a quien le sople al oído que debería buscar un Cesare Borgia más bien que un Parsifal, no dio crédito a sus oídos - Se me tendrá que perdonar el que yo no sienta curiosidad alguna por las recensiones de mis libros, sobre todo por las de periódicos. Mis amigos, mis editores lo saben y no me hablan de ese asunto. En un caso especial tuve ocasión de ver con mis propios ojos todo lo que se había perpetrado contra un solo libro mío - era **Más allá del bien y del mal**; sobre esto podría escribir toda una historia. -Se creerá que la **Nationalzeitung** -un periódico prusiano, lo digo para mis lectores extranjeros, pues yo no leo, con permiso, mas que el **Journal des Débats**- ha sabido ver en el libro, con absoluta seriedad un «signo de los tiempos» la autentica y verdadera **filosofía de los Junker**, para adoptar la cual sólo le faltaba a la **Kreuzzeitung**, valor? ...

2

Esto iba dicho para alemanes, pues en todos los demás lugares tengo yo lectores, todos ellos inteligencias **selectas**, caracteres probados, educados en altas posiciones y en elevados deberes; tengo incluso verdaderos genios entre mis lectores. En Viena, en San Petersburgo, en Estocolmo, en París y Nueva York - en todas partes estoy descubierto; pero no en el país plano de Europa, Alemania... Y, lo confieso, me alegro más aún de mis no-lectores, de aquellos que jamás han oído ni mi nombre ni la palabra filosofía; pero a cualquier lugar que llego, aquí en Turín, por ejemplo, todos los rostros se alegran y se ponen benévolos al verme. Lo que más me ha lisonjeado hasta ahora es que algunas viejas vendedoras de frutas no descansan hasta haber escogido para mí los racimos más dulces de sus uvas. **Hasta ese punto** hay que ser filósofo... No en vano se dice que los polacos son los franceses entre los eslavos. Una rusa encantadora no se engañará ni un instante sobre mi origen. No consigo ponerme solemne, a lo más que llego es al azoramiento ...Pensar en alemán, sentir en alemán - yo puedo hacerlo todo, pero **esto** supera mis fuerzas... Mi viejo maestro Ritschl llegó a afirmar que aun mis trabajos filológicos yo los concebía como un **romancier** parisino -absurdamente excitantes. En el mismo París están asombrados de **toutes mes audaces et finesse** -la expresión es de Monsieur Taine-; temo que hasta en las formas supremas del ditirambo se encuentre en mí un poco de aquella sal que nunca se vuelve fastidiosa

-«alemana»-, que haya en ellos *esprit*... Soy incapaz de obrar de otro modo. ¡Dios me ayude! Amén. - Todos nosotros sabemos, algunos lo saben incluso por experiencia propia, qué es un animal de orejas largas. Bien, me atrevo a afirmar que yo tengo las orejas más pequeñas que existen. Esto interesa no poco a las mujercitas, - me parece que se sienten comprendidas mejor por mí... Yo soy el *antiasno par excellence* y, por tanto, un monstruo en la historia universal; yo soy, dicho en griego, y no solo en griego, el *Anticristo*....

3

Yo conozco en cierta medida mis privilegios como escritor; en determinados casos puedo documentar incluso hasta qué punto la familiaridad con mis escritos «corrompe» el gusto. Sencillamente, no se soportan ya otros libros, y, los que menos, los filosóficos. Es una distinción sin igual penetrar en este mundo noble y delicado, - para hacerlo no es lícito en absoluto ser alemán; es, en definitiva, una distinción que hay que haber merecido. Pero quien es afín a mí por la *altura* del querer experimenta aquí verdaderos éxtasis del aprender, pues yo vengo de alturas que ningún ave ha sobrevolado jamás, yo conozco abismos en los que todavía no se ha extraviado pie alguno. Se me ha dicho que no es posible dejar de la mano un libro mío, - que yo perturbo aun el reposo nocturno... No existe en absoluto una especie más orgullosa y, a la vez, más refinada de libros: - acá y allá alcanzan lo más alto que se puede alcanzar en la tierra, el cinismo; hay que conquistarlos con los dedos más delicados y asimismo con los puños más valientes. Toda decrepitud del alma, aun toda dispepsia excluye de ellos, de una vez por todas: es necesario no tener nervios, es necesario tener un bajo vientre jovial. No sólo la pobreza, el aire rancio de un alma excluye de ellos, y mucho más aún la cobardía, la suciedad, la secreta ansia de venganza asentadas en los intestinos: una palabra mía saca a luz todos los malos instintos. Entre mis conocidos tengo varios cobayas en los cuales observo la diversa, la muy instructivamente diversa reacción a mis escritos. Quien no quiere tener nada que ver con su contenido, por ejemplo mis así llamados amigos, se vuelve «impersonal» al leerlos: me felicita por haber llegado de nuevo «tan lejos», - también habría, dice, un progreso en una mayor jovialidad en el tono... Los «espíritus» completamente viciosos, las «almas bellas», los mendaces de pies a cabeza, no saben en absoluto qué hacer con estos libros, - en consecuencia, los ven por *debajo* de sí, hermosa conclusión lógica de todas las «almas bellas». El animal con

cuerños entre mis conocidos, todos ellos alemanes, con perdón, me da a entender que no siempre es de mi opinión, pero que, sin embargo, acá y allá, por ejemplo... Esto lo he oído incluso acerca del *Zaratustra*... De igual manera, todo «feminismo» en el ser humano, también en el varón, es una barrera para llegar a mí: jamás se entrará en este laberinto de conocimientos temerarios. Es necesario no haber sido nunca complaciente consigo mismo, es necesario contar la *dureza* entre los hábitos propios para encontrarse jovial y de buen humor entre verdades todas ellas duras. Cuando me represento la imagen de un lector perfecto, siempre resulta un monstruo de valor y curiosidad, y, además, una cosa dúctil, astuta, cauta, un aventurero y un descubridor nato. Por fin: mejor que lo he dicho en el *Zaratustra* no sabría yo decir para quién únicamente hablo en el fondo; ¿a quién únicamente quiere contar él su enigma?

A vosotros, Íos audaces buscadores e
indagadores, y a quien quiera que alguna vez
se haya lanzado con astutas velas a mares
terribles;

- a vosotros los ebrios de enigmas, que gozáis
con la luz del crepúsculo, cuyas almas son
atraídas con flautas a todos los abismos
laberínticos;
- pues no queréis, con mano cobarde, seguir a
tientas un hilo y que, allí donde podéis
adivinar, odiáis el *deducir*...

4

Voy a añadir ahora algunas palabras generales sobre mi *arte del estilo*. **Comunicar** un estado, una tensión interna de *pathos*, por medio de signos, incluido el *tempo* de esos signos -tal es el sentido de todo estilo; y teniendo en cuenta que la multiplicidad de los estados interiores es en mí extraordinaria, hay en mí muchas posibilidades del estilo-, el más diverso arte del estilo de que un hombre ha dispuesto nunca. Es *bueno* todo estilo que comunica realmente un estado interno, que no yerra en los signos, en el *tempo* de los signos, en los *gestos* -todas las leyes del período son arte del gesto-. Mi instinto es aquí infalible. - Buen estilo *en sí* - *una* pura estupidez, mero «idealismo», algo parecido a lo «bello *en sí*», a lo «bueno *en sí*», a la «cosa

en sí»... Dando siempre por supuesto que haya oídos, - que haya hombres capaces y dignos de tal *pathos*, que no falten aquellos con los que *es lícito* comunicarse. - Por ejemplo, mi *Zaratustra* busca todavía ahora esos hombres - ¡ay!, ¡tendrá que buscarlos aún por mucho tiempo! Es necesario ser *digno* de oírle... Y hasta entonces no habrá nadie que comprenda el *arte* que aquí se ha prodigado: jamás nadie ha podido derrochar tantos medios artísticos nuevos, inauditos, creados en realidad por vez primera para esta circunstancia. Quedaba por demostrar que era posible tal cosa precisamente en lengua alemana: yo mismo, antes, lo habría rechazado con la mayor dureza. Antes de mí no se sabe lo que es posible hacer con la lengua alemana -lo que, en absoluto, es posible hacer con la lengua. - El arte del *gran* ritmo, el *gran* estilo de los períodos para expresar un inmenso arriba y abajo de pasión sublime, de pasión sobrehumana, yo he sido el primero en descubrirlo; con un ditirambo como el último del *tercer Zaratustra*, titulado «Los siete sellos», he volado miles de millas más allá de todo lo que hasta ahora se llamaba poesía.

5

- Que en mis escritos habla un *psicólogo* sin igual, tal vez sea ésta la primera conclusión a que llega un buen lector - un lector como yo lo merezco, que me lea como los buenos filólogos de otros tiempos leían su Horacio. Las tesis sobre las cuales está de acuerdo en el fondo todo el mundo, para no hablar de los filósofos de todo el mundo, los moralistas y otras cazuelas vacías, cabezas de repollo, - aparecen en mí como ingenuidades del desacuerdo; por ejemplo, aquella creencia de que «no egoísta» y «egoísta» son términos opuestos, cuando en realidad el mismo *ego* no es más que una «patraña superior» un «ideal»... No hay *ni* acciones egoísticas *ni* acciones no-egoísticas: ambos conceptos son un contrasentido psicológico. O la tesis «el hombre aspira a la felicidad»... O la tesis «la felicidad es la recompensa de la virtud»... O la tesis «placer y displacer son términos contrapuestos»... La Circe de la humanidad, la moral, ha falseado *-moralizado-* de pies a cabeza todos los asuntos psicológicos hasta llegar a aquel horrible sinsentido de que el amor debe ser algo «no-egoísta»... Es necesario estar firmemente asentado *en sí mismo*, es necesario apoyarse valerosamente sobre las propias piernas, pues de otro modo no se *puede amar*. Esto lo saben demasiado bien, en definitiva, las mujercitas: no saben qué diablos hacer con hombres desinteresados, con hombres meramente objetivos... ¿Me es lícito atreverme a expresar de paso la

sospecha de que yo *conozco* a las mujercitas? Esto forma parte de mi dote dionisíaca. ¿Quién sabe? Tal vez sea yo el primer psicólogo de lo eterno femenino. Todas ellas me aman - una vieja historia: descontando las mujercitas *lisiadas*, las «emancipadas», a quienes les falta la tela para tener hijos. - Por fortuna, yo no tengo ningún deseo de dejarme desgarrar: la mujer perfecta desgarra cuando ama... Conozco a estas amables ménades... ¡Ay, qué peligrosos, insinuantes, subterráneos, pequeños animales de presa!, ¡y tan agradables además!... Una pequeña mujer que persigue su venganza sería capaz de atropellar al destino mismo. - La mujer es indeciblemente más malvada que el hombre, también más cuerda; la bondad en la mujer es ya una forma de *degeneración*... Hay en el fondo de todas las denominadas «almas bellas» un defecto fisiológico, - no lo digo todo, pues de otro modo me volvería medi-cínico. La lucha por la *igualdad* de derechos es incluso un síntoma de enfermedad: todo médico lo sabe. - Cuanto más mujer es la mujer, tanto más se defiende con manos y pies contra los derechos en general: el estado natural, la *guerra eterna* entre los sexos le otorga con mucho el primer puesto. - ¿Se ha tenido oídos para escuchar mí definición del amor? Es la única digna de un filósofo. - Amor - en sus medios la guerra, en su fondo el odio mortal de los sexos - ¿Se ha oído mi respuesta a la pregunta sobre cómo se *cura* a una mujer, sobre como se la «redime»? Se le hace un hijo. La mujer necesita hijos, el hombre no es nunca nada más que un medio, así habló Zaratsustra. «Emancipación de la mujer», - esto representa el odio instintivo de la mujer *mal constituida*, es decir, incapaz de procrear, contra la mujer bien constituida; - la lucha contra el «varón» no es nunca más que un medio, un pretexto, una táctica. Al elevarse a sí *misma* como «mujer en sí», como «mujer superior», como «mujer idealista», quiere *rebajar* el nivel general de la mujer; ningún medio más seguro para esto que estudiar bachillerato, llevar pantalones y tener los derechos políticos del animal electoral. En el fondo las emancipadas son las *anarquistas* en el mundo de lo «eterno femenino», las fracasadas, cuyo instinto más radical es la venganza... Todo un género del más maligno «idealismo» -que, por lo demás, también se da entre hombres, por ejemplo en Henrik Ibsen, esa típica soltera vieja- tiene como meta *envenenar* la buena conciencia, lo que en el amor sexual es naturaleza... Y para no dejar ninguna duda sobre mi mentalidad, tan *honnête* como rigurosa a este propósito, voy a exponer otra proposición de mi código moral contra el vicio; bajo el nombre de vicio yo combato toda clase de contranaturaleza o, si se aman las bellas palabras, de idealismo. El principio dice así: «La predicación de la castidad es una incitación pública a la contranaturaleza. Todo desprecio de la vida sexual, toda impurificación de la misma con el concepto de ‘impuro’ es el auténtico pecado contra el espíritu santo de la vida»

6

Para dar una idea de mí como psicólogo recojo aquí un curioso fragmento de psicología que aparece en *Más allá del bien y del mal*, - yo prohíbo, por lo demás, toda conjetura acerca de quién es el descrito por mí en este pasaje. «El genio del corazón, tal como lo posee aquel gran oculto, el dios-tentador y cazarratas nato de las conciencias, cuya voz sabe descender hasta el inframundo de toda alma, que no dice una palabra, no lanza una mirada en las que no haya un propósito y un guiño de seducción, de cuya maestría forma parte el saber parecer - y no aquello que él es, sino aquello que constituye, para quienes lo siguen, una constricción más para acercarse cada vez más a él, para seguirle de un modo cada vez más íntimo y radical-: el genio del corazón, que a todo lo que es ruidoso y se complace en sí mismo lo hace enmudecer y le enseña a escuchar, que pule las almas rudas y les da a gustar un nuevo deseo, - el de estar quietas como un espejo, para que el cielo profundo se refleje en ellas-; el genio del corazón, que a la mano torpe y apresurada le enseña a vacilar y a coger las cosas con mayor delicadeza, que adivina el tesoro oculto y olvidado, la gota de bondad y de dulce espiritualidad escondida bajo el hielo grueso y opaco y es una varita mágica para todo grano de oro que yació largo tiempo sepultado en la prisión del mucho cieno y arena; el genio del corazón, de cuyo contacto todo el mundo sale más rico, no agraciado y sorprendido, no beneficiado y oprimido como por un bien ajeno, sino más rico de sí mismo, más nuevo que antes, removido, oreado y sonsacado por un viento tibio, tal vez más inseguro, más delicado, más frágil, más quebradizo, pero lleno de esperanzas que aún no tienen nombre, lleno de nueva voluntad y nuevo fluir, lleno de nueva contravoluntad y nuevo refluir...»

Friedrich Nietzsche

Trad. A. Sánchez Pascual

Porqué soy un destino

1

Yo conozco mi destino. Un día mi nombre irá unido a algo formidable: el recuerdo de una crisis como jamás la ha habido en la tierra, el recuerdo de la más profunda colisión de conciencia, el recuerdo de un juicio pronunciado **contra** todo lo que hasta el presente se ha creído, se ha exigido, se ha santificado. Yo no soy un hombre: yo soy dinamita. Y a pesar de esto, estoy muy lejos de ser un fundador de religiones. Las religiones son cosa de la plebe. Tengo necesidad de lavarme las manos, después de haber estado en contacto con hombres religiosos... Yo no **quiero** "creyentes"; creo que soy demasiado maligno para creer en mí mismo. Yo no hablo jamás a las masas... Tengo un miedo espantoso de que algún día se me declare **santo**. Se adivinará la razón por la que yo publico este libro **antes**, tiende a evitar que se cometan abusos conmigo. Yo no quiero ser tomado por un santo; preferiría que se me tomara por un bufón... Quizá soy un bufón... Y a pesar de esto -o mejor, **no** a pesar de esto, pues hasta ahora no hay nada más embusterío que un santo-, a pesar de esto, la verdad habla en mí. Pero mi verdad es **terrible**, pues hasta el presente, lo que ha sido llamado verdad es la **mentira**. -**Transmutación de todos los valores**: he aquí mi fórmula para un acto de suprema autognosis de la humanidad, acto que en mí se ha hecho carne y genio. Mi destino ha querido que yo fuera el primer hombre **decente**; ha querido que yo me ponga en contradicción con miles de años. Yo fui el primero en **descubrir** la verdad, por el hecho de que yo fui el primero en sentir -en **oler**- la mentira como mentira... Mi genio se encuentra en mis narices. Yo contradigo como jamás se ha contradicho, y, sin embargo, soy lo contrario de un espíritu que dice no. Yo soy un **alegre mensajero** como no lo ha

habido nunca, y conozco tareas que son de tal altura, que el concepto ha faltado hasta el presente. Sólo a partir de mí existen de nuevo esperanzas. Con todo esto, yo soy también necesariamente el hombre de la fatalidad. Pues cuando la verdad entra en lucha con la mentira milenaria tendremos convulsiones como jamás las hubo, una convulsión de temblores de tierra, un desplazamiento de montañas y de valles, tales como nunca se han soñado. La idea política quedará entonces completamente absorbida por la lucha de los espíritus. Todas las combinaciones de poderes de la vieja sociedad habrán saltado por los aires, porque todas estaban basadas en la mentira. Habrá guerras como jamás las hubo en la tierra. Solamente a partir de mí existe en el mundo la **gran política**.

2

¿Se quiere una fórmula de semejante destino hecho hombre? La encontraremos en mi **Zaratustra**.

-Y quien quiera ser un creador en el bien y en el mal en verdad, ése tiene que ser primero un aniquilador y quebrantador de valores.

Por eso el supremo mal forma parte de la bondad suma; pero ésta es la bondad creadora.

Yo soy, con mucho, el hombre más terrible que hubo jamás; lo que no quita que llegue a ser el más benéfico. Conozco la alegría de **aniquilar** en un grado que está conforme con mi **fuerza** de aniquilar. En los dos casos obedezco a mi naturaleza dionisíaca, que no sabría separar el hacer no del decir sí. Yo soy el primer inmoralista. Por esto soy el **aniquilador par excellence**.-

3

Nunca se me ha preguntado, se me habría debido preguntar lo que significa, en boca del primer inmoralista, el nombre **Zaratustra**; pues lo que constituye la inmensa singularidad de este persa en la historia es precisamente lo contrario de esto. Zaratustra fue el primero en advertir, en la lucha entre el bien y el mal, el verdadero mecanismo en el juego de las cosas. La transposición de la moral en la

metafísica, de la moral considerada como fuerza, como causa y como fin en sí, es obra **suya**. Pero esta cuestión podría en el fondo ser considerada ya como una respuesta. Zarautstra **creó** ese error, el más fatal de todos, la moral; por consiguiente, debe también ser el primero en **reconocer** su error. No solamente posee aquí una experiencia más larga y más profunda que otros pensadores -toda la historia no es otra cosa que la refutación por la experiencia de las afirmaciones relativas al "orden moral"-; pero, y esto es lo más importante, Zarautstra es más verídico que cualquier otro pensador. Su doctrina, y sólo su doctrina, presenta la veracidad como virtud suprema; -esto significa lo contrario de la **cobardía** del idealista, que, frente a la realidad, huye; Zarautstra tiene en su cuerpo más valentía que todos los demás pensadores juntos. Decir la verdad y **disparar bien con flechas**, es la virtud persa. ¿Se me comprende?... La autosuperación de la moral por veracidad, la autosuperación del moralista en su antítesis, es decir, -en mí-, es lo que significa en mi boca el nombre de Zarautstra.

4

En el fondo la palabra **inmoralista** encierra para mí dos negaciones. Yo soy todo lo contrario, por una parte, de un tipo de hombre que había sido considerado hasta el presente como el tipo superior, el hombre **bueno, benévolο, caritativo**; por otra parte, soy todo lo contrario de una especie moral que ha adquirido importancia, que ha llegado a ser poderosa como moral en sí: la moral de la **décadence**; para expresarme de una manera más precisa, la moral **cristiana**. Lícito me será considerar la segunda contradicción como la más decisiva, en vista de que la sobreestimación de la bondad y de la benevolencia, vistas las cosas a grandes rasgos, aparece ya como un resultado de la **décadence** como síntoma de debilidad, como incompatible con una vida ascendente y que dice sí: **negar** y **aniquilar** son condiciones del decir sí. -Ante todo, me detengo en la psicología del hombre bueno. Para evaluar lo que vale un tipo de hombre, es preciso calcular lo que cuesta su conservación, hay que conocer sus condiciones de existencia. La condición de existencia del hombre bueno es la **mentira**. Para expresarme

de otro modo, es el no-**querer**-ver, a ningún precio, como está constituida en el fondo la realidad. **No** está hecha para invitar constantemente a obrar a los instintos benévolos y aún menos para permitir la intervención de manos miopes y bonachonas. Considerar en general las **situaciones de peligro** de toda clase como una objeción, como algo que es preciso **suprimir**, es la **naiserie par excellence**, una tontería que puede provocar verdaderas catástrofes si se juzgan las cosas desde arriba, una fatalidad de rebaño, tan de rebaño como lo sería la voluntad de suprimir el mal tiempo, por ejemplo, por compasión hacia las pobres gentes. En la gran economía general, los elementos terribles de la realidad (en las pasiones, en los deseos, en la voluntad de poder) son necesarios en una medida incalculable, mucho más que esa forma de felicidad mezquina que se llama bondad. Hay que ser incluso indulgente para conceder un puesto a esta última, en vista de que tiene por condición la mentira de los instintos. Ya tendré ocasión de demostrar las inquietantes consecuencias más allá de toda medida que puede tener para la historia entera el **optimismo**, es creación de los **homines optimi**. Zaratustra el primero en comprender que el optimista es tan **décadent** como el pesimista, y quizá más dañino, dice: *Los hombres buenos no dicen nunca la verdad. Falsa costas y falsas seguridades os han enseñado los buenos, en mentiras de los buenos habéis nacido y habéis sido cobijados. Todo está falseado y deformado hasta el fondo por los buenos.* Felizmente, el mundo no está creado sobre instintos tales que cabalmente sólo el bonachón animal de rebaño encuentre en él su estrecha felicidad; exigir que todo se convierta en “hombres buenos”, animal de rebaño, ojiazul, benévolo, “alma bella” -o, como lo desea el señor Herbert Spencer, altruista, significaría privar al existir de su carácter grande, significaría castrar a la humanidad y reducirla a una mísera chinería. **iY se ha intentado hacer esto!... Precisamente a esto se lo ha llamado moral...** En este sentido, Zaratustra llama buenos unas veces “los últimos hombres”, otras el “comienzo del fin”; ante todo, los considera como **la especie más nociva de hombres**, en vista de que imponen su existencia, tanto al precio de la **verdad** como al precio del **porvenir**.

Los buenos en efecto, -no pueden crear: son siempre el comienzo del final:-

crucifican a quien escribe nuevos valores sobre nuevas tablas, sacrifican el futuro a sí mismos, - i crucifican todo el futuro de los hombres!

Los buenos - han sido siempre el comienzo del final.

Y sea cuales sean los daños que los calumniadores del mundo ocasionen: iel daño de los buenos es el daño más dañino de todos!

5

Zarathustra, el primer psicólogo de los hombres buenos, es, por consiguiente, un amigo de los malvados. Cuando una especie decadente de hombres ha ascendido en categoría al rango de la especie más alta, no ha podido elevarse de este modo sino en detrimento de la especie contraria, la especie fuerte y vitalmente segura de hombre. Cuando la bestia del rebaño irradia en la claridad de la virtud más pura, el hombre de excepción se siente forzosamente degradado a la categoría de malvado. Cuando la mentira reclama a cualquier precio, para su óptica, la palabra "verdad", el hombre verdaderamente verídico se encuentra designado con los peores nombres, Zarathustra no deja aquí ninguna duda: dice que lo que le ha inspirado el terror del hombre es el conocimiento de los hombres buenos, de los "mejores"; de **esta** repulsión le han nacido alas, "para volar lejos hacia porvenires lejanos". No oculta que **su** tipo de hombre, un tipo relativamente sobrehumano, es sobrehumano precisamente con relación a los hombres **buenos**; que los buenos y los justos llamarían **demonio** a su superhombre....

Hombres superiores que mis ojos encuentran, esta es la duda que me inspiráis y mi secreta risa: adivino lo que llamaréis a mi superhombre: idemonio! Sois tan ajenos a la grandeza en vuestra alma que el superhombre os parecerá "terrible" en su bondad...

De este pasaje y no de otro hay que partir para comprender lo que Zarathustra **quiere**: esa especie de hombres que él concibe, ve la realidad **tal como ella es**: es bastante fuerte para ello. no es una especie de hombre

extrañada, alejada de la realidad, es ***la realidad misma***, encierra todavía en sí todo lo terrible y problemático de esta, **sólo así puede tener el hombre grandeza...**

6

Pero, también en otro sentido, yo he escogido la palabra **inmoralista** como insignia y emblema de mí mismo. Estoy orgulloso de tener esta palabra para distinguirme de la humanidad entera. Nadie ha sentido todavía la moral **cristiana** como algo que se encuentra por debajo de él; para esto hacia falta una altura, una perspectiva, una profundidad y una hondura psicológicas absolutamente inusitados hasta ahora. La moral cristiana ha sido hasta el presente la Circe de todos los pensadores; todos ellos se pusieron a su servicio. ¿Quién, pues, antes que yo ha descendido a las cavernas donde brota el aliento emponzoñado de donde brota esta especie de ideal, ***la difamación del mundo!***? - ¿Quién se atrevió siquiera a sospechar que éstas eran cavernas? ¿Quién antes que yo fue entre los filósofos un **psicólogo**, y no lo contrario de un psicólogo, un "charlatán superior", un "idealista"? Antes de mí no ha habido psicología. - Ser en este punto el primero puede constituir una maldición; pero en todo caso es un destino, **pues se es también el primero en despreciar...** La **nausea** por el hombre: he ahí mi peligro...

7

¿Se me ha entendido? Lo que me delimita, lo que me pone aparte del resto de la humanidad, es haber **descubierto** la moral cristiana. Por esto yo tenía necesidad de una palabra que poseyese el sentido de un reto lanzado a todo el mundo. No haber abierto antes los ojos en este punto es para mí la más grande suciedad que la humanidad tiene sobre su conciencia, el engaño de sí mismo hecho instinto, la voluntad de no ver por principio ningún acontecimiento, ninguna causalidad, ninguna realidad, un fraude **in psychologicis** que llega hasta el crimen. La ceguera ante el cristianismo es el **crimen par excellence**: el crimen contra la vida. Los milenios, los pueblos, tanto los primeros como los últimos, los filósofos y las viejas -exceptuados cinco o seis instantes de la historia, yo como el séptimo- son en este

punto dignos los unos de los otros. El cristianismo ha sido hasta al presente el “ser moral” por excelencia, una curiosidad sin ejemplo, y, **en cuanto** “ser moral”, ha sido más absurdo, más mendaz, más vano, más ligero, **más perjudicial a sí mismo** que lo que podría imaginar en sus sueños el más grande despreciador de la humanidad. La moral cristiana -la forma más maligna de la voluntad de mentira- es la auténtica Circe de la humanidad, es la que la ha **corrompido**. **No** es el error en cuanto error, lo que me espanta ante este espectáculo; **ni** la milenaria ausencia de “buena voluntad”, de disciplina, de decencia, de valentía en las cosas del espíritu que se deja adivinar en la victoria de esta moral; - i es la falta de naturaleza, es el hecho espantoso de que la **contranaturaleza** misma ha recibido los honores supremos bajo el nombre de moral, y haya estado suspendida, sobre la humanidad como su ley, como su imperativo categórico!... ¡Equivocarse hasta este punto, **no** en cuanto individuos, **no** en cuanto pueblos, sino en cuanto humanidad!... Que se enseñase a despreciar los instintos primerísimos de la vida; que se **fingiese mentirosamente** la existencia de un “alma”, de un “espíritu”, para arruinar el cuerpo; que se aprendiese a ver una cosa impura en el presupuesto de la vida, en la sexualidad, que se buscase el principio del mal en la más honda necesidad de desarrollarse, en el egoísmo **riguroso** -(- ya la palabra misma es una calumnia! -); que por el contrario, en el signo típico de la degeneración y de la contradicción de los instintos, en el “desinterés”, en la pérdida del centro de gravedad, en la “despersonalización” y en el “amor al prójimo” (vicio del prójimo), se quiere ver el valor **superior**, ¿qué digo?, el **valor en sí...** ¿Cómo? ¿La humanidad misma estará en **décadence**? ¿Lo estuvo siempre? Lo que es cierto es que jamás le han presentado más que valores de **décadence** bajo el nombre de valores superiores. La moral de la renuncia a sí mismo es por excelencia la moral de decadencia **par excellence**, el hecho “yo perezco”, traducido en el imperativo: “todos vosotros debéis perecer”, iy no solamente en el imperativo!... Esta única moral que se ha enseñado hasta el presente, la moral de la renuncia a sí mismo, delata

una voluntad de final, **niega** en su último fundamento la vida. -Aquí subsiste una posibilidad: no es la humanidad lo que está en degeneración; es únicamente esta especie parasitaria de hombres, la especie de los **sacerdotes** que por el mundo, valiéndose de la mentira, han llegado a elevarse a la calidad de árbitros para la determinación de los valores, han encontrado en la moral cristiana un medio de apoderarse del poder. Y, de hecho, **mí** visión es ésta: los maestros, los conductores de la humanidad fueron todos ellos teólogos, fueron también todos ellos **décadents**: **de aquí** nace la transmutación de todos los valores en una enemistad contra la vida, **de aquí** nace la moral... **Definición de la moral**: la moral es la idiosincrasia de los **décadents** con la intención oculta de **vengarse de la vida**, y esta intención ha sido coronada por el éxito. Yo atribuyo mucho valor a **esta** definición.

8

¿Se me ha entendido? Yo no he dicho aquí ni una palabra que no haya sido dicha, cinco años antes, por boca de Zaratustra. La **invención** de la moral cristiana fue un acontecimiento sin precedente, una verdadera catástrofe. Quien hace luz sobre ella es una **force majeure**, un destino, - divide la historia de la humanidad en dos pedazos. Se vive **antes** de él, se vive **después** de él ... El rayo de la verdad ha caído sobre lo que hasta ahora había estado en más alto lugar. Que el que comprenda lo que ha sido destruido por él, mire si le queda aún algo entre las manos. Todo lo que hasta el presente ha sido llamado verdad está hoy desenmascarado como la mentira más peligrosa, la más pérflida, la más subterránea; el pretexto sagrado de hacer a los hombres "mejores" aparece como un ardid para agotar la vida misma, para hacerla anémica **chupandole la sangre**. La moral como **vampirismo**... El que descubre la moral ha descubierto, al mismo tiempo, el no-valor de todos los valores en los cuales se cree o en los cuales se creía. No ve nada ya de venerable en los tipos más venerados de la humanidad, en los que han sido **canonizados**; ve allí la forma más fatal especie de engendros, fatales **porque han fascinado...** ¡El concepto de "Dios" ha sido inventado como antinomia de la vida; en él se

resume, en una unidad espantosa, todo lo que es dañino, venenoso, calumniador, la entera hostilidad a muerte contra la vida! El concepto del “más allá”, del “mundo verdadero”, no ha sido inventado más que para despreciar el único mundo que existe, para no conservar ya a nuestra realidad terrenal ninguna meta, ninguna razón, ninguna tarea. ¡El concepto de “alma”, de “espíritu”, y, en fin de cuentas, también el de “alma inmortal”, ha sido inventado para despreciar el cuerpo, para hacerlo enfermar -hacerle “santo”-, para contraponer una ligereza horrible a todas las cosas que merecen ser tomadas en serio en la vida: las cuestiones de alimentación, de alojamiento, de régimen intelectual, los cuidados a los enfermos, la limpieza, el clima! ¡En vez de la salud, la “salud del alma”, quiero decir una ***folie circulaire*** que va desde las convulsiones de la penitencia hasta la histeria de la redención! ¡El concepto de “pecado” ha sido inventado al mismo tiempo que el instrumento de tortura que la completa, el “libre arbitrio”, para extraviar los instintos, para hacer de la desconfianza para con los instintos una segunda naturaleza! En el concepto de “desinteresado”, de “negador de sí mismo”, encontramos el verdadero emblema de ***décadence***, el quedar ***seducido*** por lo nocivo, el ser-***incapáz***-ya-de-encontrar-el-propio-provecho, la destrucción de nosotros mismos, han llegado a ser cualidades, son el “deber”, la “santidad”, la “divinidad” en el hombre. Por último -y esto es lo más horrible-, en el concepto de hombre ***bueno***, nos declaramos a favor de todo lo que es débil, enfermo, malogrado; a favor de todo lo que sufre de sí mismo, de todo lo ***que debe perecer*** -, invertida la ley de la ***selección***, convertida en un ideal la contradicción del hombre orgulloso y bien constituido, del que dice sí, del que está seguro del futuro, del que garantiza el futuro - hombre que ahora es llamado el ***malvado***... ¡Y todo esto fue creído ***como moral!*** - ***Escrázez l'infame!***

9

¿Me habéis comprendido? ***Dioniso contra el Crucificado...***

Friedrich Nietzsche

